



IMPEDIMENTA

MARYSE CONDÉ

*Corazón que ríe, corazón
que llora*

Traducción de Martha Asunción Alonso



CORAZÓN QUE RÍE, CORAZÓN QUE LLORA

CUENTOS VERDADEROS DE MI INFANCIA



MARYSE CONDÉ

*Traducción del francés y prólogo a cargo de
Martha Asunción Alonso*



IMPEDIMENTA

Título original: *Le Coeur à rire et à pleurer. Contes vrais de mon enfance*

Edición en ebook: enero de 2019

Copyright © Éditions Robert Laffont, Paris, 1999

Copyright de la traducción y del prólogo © Martha Asunción Alonso, 2019

Copyright ilustración de cubierta © Estate of Vivian Maier, Courtesy Maloof Collection

Copyright © Teresa Ettl, 2019, por el collage de la imagen de cubierta

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2018

Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

www.impedimenta.es

Diseño de colección y dirección editorial: Enrique Redel

Maquetación: Daniel Matías

Corrección: Ane Zulaika y Belén Castañón

Composición digital: leerendigital.com

ISBN: 978-84-17553-11-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

Las conmovedoras memorias de infancia de Maryse Condé, la gran dama de las letras antillanas, Premio Nobel Alternativo de Literatura 2018.

«Un apasionante texto que revela el nacimiento de una conciencia.»

Le Temps

«Honesto, exquisitamente medido... inspirador recordatorio de cómo el espíritu humano es capaz de resistir.»

The New York Times Book Review

PRÓLOGO



POR MARTHA ASUNCIÓN ALONSO

1937. MARTES DE CARNAVAL. En una casa colonial del corazón de Pointe-à-Pitre, capital del archipiélago caribeño de Guadalupe (Francia), nace Maryse Boucolon. Es la benjamina inesperada de una familia negra de la floreciente burguesía antillana de Grande-Terre. En casa disponen de cocinera y nodriza. Electricidad y agua corriente. Un flamante automóvil. Incluso una segunda residencia para las vacaciones.

Nadie se espera a la pequeña Maryse, última de ocho hermanos. Su primer llanto se confundirá con el jolgorio callejero y las tamborradas típicas de los desfiles del Mardi Gras. Maryse se las arreglará para venir a este mundo llorando sin llorar del todo. Riendo la pena. Su vida y su extensa obra narrativa discurrirán bajo el signo de lo insólito. Eternamente a caballo entre la lágrima y la sonrisa. Lo bello y lo terrible, como escribiera Rainer Maria Rilke.

Este libro, que los lectores hispanohablantes tienen por vez primera en sus manos en español, da perfecta cuenta de ello. De hecho, no se me ocurre mejor puerta de entrada al personal universo condeano que *Corazón que ríe, corazón que llora. Cuentos verdaderos de mi infancia* (1999). En sus páginas se ofrecen claves autobiográficas fundamentales para descryptar personajes, situaciones, preocupaciones e imágenes recurrentes en los más de treinta títulos firmados por Maryse Condé.

Estamos ante un texto que esconde el origen de todos los orígenes. La génesis de una conciencia creadora y una voz narradora, ambas de

originalidad abrumadora, sin par en el panorama de las letras francófonas contemporáneas. Relatados con una ponderada dosis de profundidad e ingenuidad, melancolía y ligereza, se suceden, como si de historias para dormir se tratara, los recuerdos infantiles de la autora en las Antillas de mediados del siglo XX.

Para paliar las lagunas que la memoria, en ocasiones, no puede o no quiere colmar, se activan aquí los mecanismos libres de la fabulación. El resultado es un delicioso conjunto de cuentos que nos transportan a una niñez tan ensoñada como real. Bien nos lo advierte la cita inaugural de Marcel Proust, que nos avisa acerca de la naturaleza mítica de toda autobiografía. Bien nos lo recuerda, además, la propia Condé cuando, a propósito de una antigua rencilla con su inseparable amiga Yvelise, reflexiona: «en el corazón de los niños, la amistad late con la violencia del amor».

Porque *Corazón que ríe...* es, sin duda, un relato de amistad y de amor. Amistades y amores, en plural. Aparte de reflejar la forja de una personalidad singular, vivísima, permeable a todo lazo, este texto testimonia el despertar de una temprana y férrea vocación literaria en femenino. Una pasión que, por azares de la existencia, tardaría en materializarse. Efectivamente, la ganadora del Premio Nobel Alternativo de Literatura en 2018 no publicaría *Hérémakhonon. Esperando la felicidad* (1976), su ópera prima, hasta mediada la cuarentena. No cesaría de escribir desde esa fecha. Hasta entonces, la vida se había ocupado de mantenerla demasiado entretenida sufriendo.

Entre esos tempranos reveses de la vida, ocupan un lugar privilegiado el primer amor y el correspondiente desamor. Dos caras de la misma inevitable moneda. En *Corazón que ríe...*, el desengaño amoroso viene acompañado de la aceptación precoz de la propia diferencia como mujer negra. Se produce, en segundo lugar, la toma de conciencia de la dimensión política y de la violencia simbólica que conllevan el ideal estándar de belleza femenina, puesto en tela de juicio en el capítulo «The bluest eye» (un guiño, por cierto, a la novela homónima de la aclamada escritora afroamericana Toni Morrison).

El despertar del cuerpo y la iniciación a los placeres, en ese sentido, constituyen asimismo una temática importante en *Corazón que ríe...* Acompañamos a la joven Maryse en su camino hacia la edad adulta y su

metamorfosis de niña sobreprotegida a mujer libre que mide sus alas, sedienta de altura, horizontes y piedras con las que tropezar por sí misma. Asistimos a su búsqueda intuitiva y desprejuiciada del autoconocimiento: desde las primeras caricias, inocentes, con los vecinitos de enfrente, hasta la traumática experiencia que le supondrá contemplar, en primera fila y riguroso directo, un parto difícil siendo una niña.

La compleja relación con la madre, condicionada por el abismo generacional, el clasismo de una esforzada educación burguesa y las crisis de la (pre)adolescencia, tendrá mucho que ver con dicho trauma. Será, de hecho, el desencadenante de la escritura, parto complicado donde los haya. El perfil materno, que la autora dejaría de contemplar de cerca antes de tiempo, se confunde con el relieve de la tierra natal añorada desde un exilio igualmente prematuro. De ahí que, en *Corazón que ríe...*, Maryse Condé escriba, ante todo, para regresar al vientre-isla maternal y recuperar el paraíso perdido de la inocencia.

El desconsuelo ante la falta de la madre y del admirado hermano mayor, Sandrino, así como el dolor por el desarraigo, lejos de disiparse, se acentuarían durante los años nómadas de la autora. Se inician en la última parte de *Corazón que ríe...* y no son sino el prelude de una existencia apátrida. O, como ella misma suele declarar, una vida de «escritora sin domicilio fijo».

Maryse Condé, en efecto, desembarca en París siendo adolescente, para cursar estudios preparatorios en un liceo de élite; después, en teoría, Humanidades y Filología en La Sorbona. Pero la vida, indomable, le reserva otros aprendizajes. Es madre bastante joven. La maternidad en la Francia metropolitana, de hecho, le llegará casi a la vez que la pérdida de su propia madre, al otro lado del océano. Tal vez en su busca, implorando consuelo y raíces, parte poco después hacia la madre África.

Reside en diferentes países africanos en los años álgidos de los grandes ideales panafricanistas y de los movimientos por la liberación de las colonias francesas, que en Guadalupe fracasarían estrepitosamente. Imparte clases, ocupación que no llegaría a gustarle hasta mucho más tarde. Tiene tres hijos más. Se divorcia. Se queda con el apellido Condé. Trabaja como periodista. Vive en Londres y París. Conoce a Richard Philcox, un profesor de inglés británico que será su traductor al inglés y su compañero. Se doctora. Se

traslada a los Estados Unidos, donde recibe numerosas distinciones y sus novelas, pobladas de «mujeres-junco» que ningún huracán quiebra, son muy leídas.

Tomo aquí prestado, para referirme a la resiliencia de los personajes femeninos de las novelas de Maryse Condé, el hallazgo terminológico del poeta guadalupeño Daniel Maximin, apreciado por la autora. Estas mujeres, según Maximin, resisten estoicamente los envites de la existencia doblándose como tallos al viento, pero sin llegar nunca a partirse por más que este arrecie.

«Mujeres-junco» no faltan, precisamente, en el imaginario de Maryse Condé, cuya propia figura, en tanto que escritora y en tanto que mujer, encaja a la perfección en esta categoría. A nadie le sorprenderá, teniendo en cuenta los aguerridos modelos femeninos que iluminaron sus primeros años y que el lector descubrirá a continuación.

En los Estados Unidos, Condé enseña durante décadas literaturas francófonas en la Universidad de Columbia en Nueva York. Por cuestiones de salud, termina sedentarizándose al sur de Francia, en la localidad provenzal de Gordes. Allí, en octubre de 2018, recibe con alegría la noticia del Premio Nobel Alternativo de Literatura otorgado al conjunto de su obra.

Una obra monumental que, recorrida por los fantasmas de la trata esclavista y los nuevos rostros del neocolonialismo —machismos incluidos—, eleva un firme alegato contra cualquier forma de intolerancia, exclusión y violencia. A este respecto, conviene señalar que Maryse Condé ejerce, en 2001, como primera presidenta del Comité por la Memoria de la Esclavitud en Francia. Los esfuerzos de esta iniciativa culminarían en la promulgación, por parte del Gobierno francés, de la ley que por fin reconoce la esclavitud como un crimen contra la humanidad.

Corazón que ríe... contiene, también, el germen de ese mensaje de tolerancia predominante en la escritura y la biografía de Condé. Estas memorias de infancia perfilan el retrato en tensión de una sociedad, la guadalupeña, con las cicatrices del pasado colonial aún tiernas y en perpetua búsqueda de cura e identidad. Así, la niña Maryse, bajo el choque cultural que le suponen las temporadas en París con sus padres funcionarios, comienza enseguida a rebelarse ante la imposición de la cultura hegemónica: «Primero me dio por pensar, indignada, que la identidad es como un vestido

que tienes que ponerte, lo quieras o no lo quieras, te quede bien o no».

Por añadidura, estimulada por el descubrimiento de las literaturas de la «Negritud» en Martinica (Aimé Césaire, Joseph Zobel), Haití (Jacques Roumain, Stephen Alexis) o Senegal (Alioune Diop), la niña Maryse empieza pronto a interrogarse sobre las raíces primigenias africanas, silenciadas en una educación recibida a imagen y semejanza de los cánones blancos europeístas.

Se entiende, de esta forma, que en el idioma condeano guerrillee el criollo de Guadalupe, en poética pugna con la lengua francesa. Se trata de una lengua cargada de oralidad, híbrida, vibrante de ritmos populares y destellos de los coloridos mercados antillanos. Para ayudar al lector hispanohablante en la comprensión de estos criollismos, sin los cuales se perderían trágicamente el sabor y el *tempo* característicos del idioma Condé, mi traducción incluye notas aclarativas a pie de página.

A pesar de tanta especificidad antillana, los libros de Maryse Condé y, en particular, este *Corazón que ríe...*, desbordan ampliamente los límites de las islas. Navegan en mar abierto. Aguas de todos. Nos hablan, como corresponde a las grandes obras de la literatura universal, de lo inmutable del alma, las pasiones humanas y el viaje del vivir.

En las páginas que siguen, se escuchan, como tambores de carnaval *in crescendo*, los latidos de un corazón nuevo que debuta atónito en esa odisea. Un corazón recién nacido que estrena el llanto y la risa. Herido de nacimiento, llora incluso cuando ríe. Por suerte, posee además el don incomparable de reír las mayores desdichas.

Beauvais, diciembre de 2018

Corazón que ríe, corazón que llora

A mi madre

*Lo que la inteligencia nos devuelve
con el nombre de pasado no es el pasado.*

MARCEL PROUST

RETRATO DE FAMILIA

Si alguien les hubiera preguntado a mis padres qué opinión les merecía la Segunda Guerra Mundial, habrían respondido, sin dudarlo, que se trataba del periodo más sombrío que jamás hubieran conocido. No porque Francia se dividiera en dos, por los campos de Drancy o de Auschwitz, por el exterminio de seis millones de judíos, ni por todos esos crímenes contra la humanidad que aún siguen impunes, sino porque, durante siete interminables años, se les había privado de aquello que más les importaba: sus viajes a Francia. Como los dos eran funcionarios, mi padre jubilado y mi madre en activo, tenían derecho a disfrutar con asiduidad de una estancia en «la metrópolis» con sus hijos. Para ellos, Francia no era en absoluto la sede del poder colonial. Era la auténtica madre patria y París, la ciudad de la luz, bastaba para iluminar su existencia. Mi madre nos llenaba la cabeza con descripciones maravillosas de las fachadas del Panteón y del mercado de Saint-Pierre y, sobre todo, de la Santa Capilla y Versalles. Mi padre prefería el Museo del Louvre y la discoteca La Cigale, donde iba de mozo a menear el esqueleto. Así que, a mediados del año 1946, volvieron a subirse encantados de la vida al paquebote que debía llevarlos al puerto de Le Havre, la primera escala en el camino de regreso al país adoptivo.

Yo era la benjamina. Uno de los grandes mitos de nuestra familia tenía que ver con mi nacimiento. Mi padre no andaba lejos de cumplir sesenta y tres años. Mi madre acababa de celebrar los cuarenta y tres años. Cuando empezó a tener faltas, creyó encontrarse ante los primeros signos de la menopausia y corrió a la consulta de su ginecólogo, el doctor Mélas, que la había asistido en sus siete partos anteriores. Después de examinarla, el doctor rompió a reír estrepitosamente.

—Me dio tanta vergüenza —les contaba mi madre a sus amigas— que,

durante los primeros meses del embarazo, me comportaba como una colegiala. Intentaba como podía esconder la tripa.

Por más que después me cubriera de besos, me llamara su *kras à boyo*¹ y añadiera que me había convertido en la alegría de su vejez, al escuchar aquella historia, yo no podía evitar sentir siempre la misma tristeza: era una hija no deseada.

Ahora me doy cuenta de que ofrecíamos una estampa cuanto menos poco corriente, sentados en las terrazas del Barrio Latino en el moroso París de la posguerra. Mi padre, un seductor de capa caída pero todavía de buen ver, mi madre, cubierta de suntuosas joyas criollas, sus ocho hijos, mis hermanas con la cabeza gacha, decoradas como árboles de Navidad, mis hermanos adolescentes, uno de ellos estudiante de primero de Medicina, y yo, niñita mimada donde las hubiera, extremadamente precoz para mi edad. Con sus bandejas en equilibrio contra la cadera, los camareros de los cafés revoloteaban admirados a nuestro alrededor como moscas frente a un tarro de miel. Al servirnos los refrescos de menta, invariablemente nos dejaban caer:

—¡Qué bien hablan ustedes francés!

Mis padres recibían el piropo sin rechistar ni sonreír, y se limitaban a asentir con la cabeza. En cuanto los camareros se daban media vuelta, empezaba el sermón:

—Sin embargo, somos igual de franceses que ellos —suspiraba mi padre.

—Más franceses —puntualizaba mi madre, con violencia. A modo de explicación, añadía—: Tenemos más estudios. Mejores modales. Leemos más. Algunos de ellos no han salido en su vida de París, mientras que nosotros conocemos el monte Saint-Michel, la Costa Azul y la costa vasca.

Había en sus palabras un patetismo tal que, por muy pequeña que yo fuera, me afligía. Se quejaban de una gravísima injusticia. Sin razón alguna, los roles se invertían. Los buscadores de propinas, chaleco negro y mandil blanco, se erguían altivos ante sus generosos clientes. Hacían gala, como si nada, de esa identidad francesa que, a pesar de su buen aspecto, a mis padres se les negaba, se les prohibía. Y yo no comprendía por qué motivo aquellas personas orgullosas, autocomplacientes, notables allá en su isla, rivalizaban con los camareros que les servían.

Un día, decidí hacer de tripas corazón. Como siempre que me encontraba en apuros, recurrí a mi hermano Alexandre, que se había rebautizado a sí

mismo como Sandrino para «sonar más americano». El primero de la clase, con los bolsillos a rebosar de notitas amorosas de sus admiradoras, Sandrino tenía el poder de despejarme todas las nubes. Era un buen hermano, me trataba con cariño y me protegía. Pero a mí me daba rabia ser únicamente su hermana menor. Bastaba el vuelo de una falda o el inicio de un partido de fútbol para que me olvidara. ¿Entendía él algo del comportamiento de nuestros padres? ¿Por qué envidiaban con tanta intensidad a personas que, como ellos mismos reconocían, ni siquiera les llegaban a la suela de los zapatos?

Vivíamos en un bajo, en una calle tranquila del VII Distrito. En París no era como en La Pointe, donde nos tenían atados, encadenados en casa. En París nuestros padres nos daban permiso para salir cuando queríamos e incluso para frecuentar a otros niños. Por aquel entonces, me sorprendía tanta libertad. Más tarde comprendí que, en Francia, nuestros padres no tenían miedo de que nos pusiéramos a hablar criollo o empezara a gustarnos el *gwoka*,² lo mismo que los negritos de las calles de La Pointe. Recuerdo que aquel día habíamos estado jugando a la tula con los rubiales del primero y que habíamos compartido con ellos una merienda a base de frutos secos, pues todavía se pasaban penurias en París. Tuvimos que apresurarnos para volver a casa antes de que alguna de mis hermanas se asomara por la ventana y nos chillara:

—¡Niños! Papá y mamá dicen que vendáis.

Para responderme, Sandrino se apoyó contra la puerta de un garaje. El rostro jovial, aún marcado por los mofletes redondos de la infancia, se le veló tras una máscara oscura. La voz se le volvió de plomo:

—Ni caso, déjalo estar. Papa y mamá son un par de alienados.

¿Alienados? ¿Qué quería decir aquello? No me atreví a preguntar. No era la primera vez que veía a Sandrino echarles un pulso a mis padres. Mi madre había colgado encima de su cama una foto que había recortado de *Ebony*. Mostraba una admirable familia de negros americanos con ocho hijos, como la nuestra. Todos médicos, abogados, ingenieros, arquitectos. El orgullo de sus papás, vamos. Aquella foto le inspiraba las peores maldades a Sandrino. Sin saber que se moriría antes incluso de comenzar a vivir, juraba que se convertiría en un escritor famoso. Me ocultaba las páginas de su novela, pero tenía la costumbre de recitarme sus poemas, que me dejaban perpleja porque,

según me decía, la poesía no debía entenderse. Pasé la noche siguiente dando vueltas y más vueltas en la cama, a riesgo de despertar a mi hermana Thérèse, que dormía en la litera de arriba. Es que yo quería mucho a mi padre y a mi madre. Es verdad que las canas, las arrugas de sus frentes no me entusiasmaban. Habría preferido tener padres más jóvenes. ¡Eso! Que los desconocidos confundieran a mi madre con mi hermana, como le pasaba a mi amiga Yvelise cuando su mamá la acompañaba a catequesis. Es verdad, siempre me quería morir cuando a mi padre le daba por soltar latinajos que, como descubrí más tarde, sacaba del *Pequeño Larousse ilustrado*. *Verba volant. Scripta manent. Carpe diem. Pater familias. Deus ex machina*. Me avergonzaban, sobre todo, las medias que llevaba mi madre en verano, demasiado claras para su piel oscura. Pero sabía de la ternura de sus corazones y lo mucho que se esforzaban en prepararnos para lo que, en su opinión, tenía que ser la vida.

Al mismo tiempo, tenía demasiada fe en mi hermano como para dudar de su parecer. Por su gesto, por el tono de su voz, intuí que *alienados*, aquella palabra misteriosa, designaba algún tipo de enfermedad vergonzosa como la gonorrea, quizá incluso mortal, como las fiebres tifoideas que el año pasado se habían llevado por delante a no pocas personas en La Pointe. A medianoche, a fuerza de repasar y repasar todas las pistas, terminé esbozando algo similar a una teoría. Una persona alienada es una persona que trata de ser lo que no es, porque no le gusta ser lo que es. A las dos de la madrugada, antes de caer dormida, me juré a mí misma, de forma algo confusa, que jamás me convertiría en una persona alienada.

Por consiguiente, me desperté metamorfoseada. Pasé de niña modélica a niña contestona y faltona. Como tampoco tenía muy claro contra qué luchaba, me dedicaba a cuestionar por sistema todo lo que mis padres me proponían. Unas entradas de ópera para escuchar las trompetas de *Aida* o las campanillas de *Lakmé*. Una visita al Musée de l'Orangerie para admirar los *Nenúfares*. O, sencillamente, un vestido, un par de zapatos, lazos para el pelo. Mi madre, que no contaba la paciencia entre sus virtudes, no escatimaba en collejas. Veinte veces al día, exclamaba:

—¡Dios mío! ¿Pero qué mosca le habrá picado a esta niña?

En una foto tomada a finales de aquel viaje a Francia se nos puede ver en los Jardines de Luxemburgo. Mis hermanos y hermanas en fila india. Mi

padre, bigotudo, vestido con una gabardina con forro de piel. Mi madre, al sonreír, enseña las perlas relucientes de los dientes, con los ojos almendrados bajo el tupé gris. Entre sus piernas, yo, delgaducha, esforzándome en ser fea, con el ceño y los morros fruncidos en esa mueca de enfado que cultivé hasta mi adolescencia, hasta que el destino, que siempre se reserva el peor golpe para los hijos ingratos, hizo de mí una huérfana con solo veinte años.

Desde entonces, he tenido tiempo de entender el sentido de la palabra *alienado* y, sobre todo, de preguntarme hasta qué punto Sandrino tenía razón. ¿Vivieron mis padres alienados? Es innegable que no sentían el más mínimo orgullo por su herencia africana. De hecho, la ignoraban. Completamente. Durante aquellas estancias en Francia, mi padre jamás puso un pie en la Rue des Écoles, donde Alioune Diop pergeñaba la revista *Présence africaine*. Como mi madre, estaba convencido de que solo la cultura occidental valía la pena y le agradecía a Francia el haberle permitido acceder a ella. Al mismo tiempo, ninguno albergaba el menor sentimiento de inferioridad a causa de su color. Se consideraban los más brillantes, los más inteligentes, la prueba viviente y multiplicada por cien de los progresos de la Raza de los Supernegros.

¿Es esto vivir «alienado»?

MI NACIMIENTO

Indiferente como de costumbre, a mi padre le daba igual una cosa que otra. Mi madre, por su parte, prefería una niña. La familia ya contaba con tres niñas y cuatro niños. Así estarían empatados. Una vez pasada la vergüenza de que la hubieran pillado, a sus años, en flagrante delito carnal, mi madre empezó a sentirse muy feliz por su embarazo. Orgullosa, incluso. El árbol de su cuerpo aún no estaba marchito, reseco. Todavía podía dar frutos. Frente al espejo, observaba maravillada la redondez de su vientre, los abultados senos erectos, como dos pajarillos recién salidos del huevo. Todo el mundo le repetía lo preciosa que estaba. Una nueva juventud le latía dentro, le iluminaba la piel y los ojos. Las arrugas se le borraban por arte de magia. El cabello le crecía, le crecía, con la espesura de los bosques, y se lo recogía en un moño, canturreando, cosa rara en ella, una vieja canción criolla que le había escuchado cantar a su madre, muerta cinco años antes:

*Sura an blan,
Ka sanmb on pijon blan
Sura an gri,
Ka sanmb on toutewel.³*

Sin embargo, pronto se le torció el embarazo. Cuando se le pasaron las náuseas, le vinieron los vómitos. Después, el insomnio. Después, los calambres. Un ejército de cangrejos pinzándole los gemelos sin piedad. A partir del cuarto mes, se encontraba agotada, el menor movimiento la dejaba sin aliento. Las fuerzas apenas le alcanzaban para sostener una sombrilla y arrastrarse, bajo el calor abrasador, hasta Dubouchage, donde se obcecaba en seguir dando clase. En aquella época, no se estilaban las escandalosas bajas

de maternidad de hoy en día; cuatro semanas antes del parto, seis semanas después; o viceversa. Las mujeres trabajaban hasta la víspera de dar a luz. Al llegar a la escuela, medio desmayada, se derrumbaba en el sillón del despacho de la directora, Marie Célanie. En su fuero interno, la directora no consideraba del todo correcto hacer el amor pasados los cuarenta, menos aún con un marido ya anciano. Son cosas de jóvenes. Sin embargo, nunca se mostraba poco comprensiva. Le secaba el sudor de la frente a su amiga y le daba de beber un chupito de menta mezclado con agua bien fría. La quemazón del alcohol le devolvía el aliento a mi madre, que acto seguido enfilaba el camino hacia su clase. Las alumnas le tenían tanto miedo que, mientras la esperaban, no aprovechaban para liarla. Con la cabeza gacha, tan tranquilas, se afanaban en completar sus cuadernillos.

Por suerte, el jueves era día de reposo, a diferencia del domingo, que implica el suplicio de la misa de doce. Los jueves, pues, mis hermanos mayores tenían la tarea de volverse invisibles. Mi madre, una montaña de carne bajo las sábanas bordadas, custodiaba la cama en la penumbra de su habitación, pues todas las ventanas permanecían cerradas. El ventilador ronroneaba. Hacia las diez de la mañana, Gitane, la encargada de las tareas domésticas, terminaba de pasarles el plumero a los muebles, de sacudir las alfombras y de beber su enésima taza de *kiololo*.⁴ Subía entonces un par de calderos de agua caliente y ayudaba a mi madre a asearse. Esta se sentaba en la bañera de zinc, tras el obús de su vientre y aquel ombligo descomunal, mientras la criada le frotaba la espalda con un manojo de hojas secas. Después, Gitane la secaba con una toalla, la enharinaba con polvos de talco, lo mismo que si fuera a freírla a la romana, y la ayudaba a enfundarse en un camisón de algodón bordado del tiempo de Maricastaña. A continuación, mi madre volvía a acostarse y dormitaba hasta que regresaba mi padre. Cuanto más succulentos eran los guisos que la cocinera le preparaba —pechugas de pollo, hojaldritos de *lambí*,⁵ empanada de pulpo, gambones en salsa—, más apenada los rechazaba mi madre para sucumbir a los antojos:

—¡Quiero buñuelos de bacalao!

Sin desanimarse, la cocinera volvía corriendo a los fogones, mientras mi impaciente padre, que estimaba que mi madre se pasaba de la raya, pero se cuidaba muy mucho de hacer ningún comentario, se enfrascaba en la lectura del *Nouvelliste*. Sintiéndose liberado, a eso de las dos de la tarde, tras besar

quedamente la frente sudorosa de mi madre, abandonaba aquella habitación con olor a azahar y *asa foetida* y salía al sol de mediodía. ¡Qué suerte, dejar atrás todas esas guarrerías! ¡Reglas, embarazos, partos, menopausias! Ufano como nunca por ser un hombre, cruzaba pavoneándose la Place de la Victoire. La gente lo reconocía y lo tomaba por lo que era: un vanidoso en toda regla. En aquella época, mi padre, sin llegar a portarse mal del todo, retomó el contacto con algunas amistades que mi madre no podía ver ni en pintura. Regresó a los torneos de cartas y dominó, que ella juzgaba vulgares, y fumó una barbaridad de puros Montecristo.

Hacia el séptimo mes, a mi madre comenzaron a hinchársele las piernas. Una mañana, se levantó con dos auténticas patas de elefante, surcadas por un haz de venas tan infladas que apenas si podía moverse. Síntoma claro de un ataque de albúmina. Enseguida, el doctor Mélas le prescribió reposo absoluto tras la escuela, y un régimen muy estricto, ni un gramo más de sal. A partir de ese momento, mi madre se alimentó a base de fruta. Caquis. Bananas. Uvas. Manzanas de Francia, sobre todo, redondas y rojas como los mofletes del bebé de Cadum. Mi padre le encargaba cajas enteras a un amigo, comerciante en el muelle. La cocinera las preparaba en compota, asadas con canela y azúcar moreno, en buñuelos. El olor de las manzanas, que maduraban a toda prisa, impregnaba tenaz la casa, desde la entrada hasta los dormitorios del segundo piso, y les daba arcadas a mis hermanos y hermanas.

Cada tarde, hacia las cinco, las mejores amigas de mi madre se sentaban en torno a su cama. Como a mi padre, les parecía que se pasaba de la raya. De modo que se hacían las sordas cuando mi madre comenzaba a gemir y le contaban los chismes de La Pointe: los bautizos, las bodas, los fallecimientos. ¡Lo que oyes, el almacén de materiales de construcción Pravel ardió como un pajar! Entre los escombros, se encontraron los cuerpos calcinados de cinco obreros del señor Pravel, a quien se la trae al paio, terrateniente sin corazón, como todos los blancos. Se avecinaba una huelga. Si ya en sus buenos tiempos a mi madre le habían dado igual los problemas sociales, entonces le interesaban menos que nunca. Volvía a lo suyo: mis pataditas. Acababa de asestarle mi primer puntapié. ¡Tremendo! Si es niño, Dios no lo quiera, será un futbolista de primera.

El día de mi nacimiento terminó por llegar. Mi madre estaba tan enorme que ya no cabía en la bañera y se pasaba el día en la cama o la mecedora.

Había preparado tres canastos de mimbre con mis cosas y dejaba que sus amigas las admirasen. En el primero, los faldones de hilo, seda o encaje, además de los patucos de ganchillo, el abrigo, los gorros, los baberos. Todo rosa. En el otro, los jerséis de punto y los pañales, de dos tipos: de tela rizada o sencillos, de algodón. En el tercero, las sábanas bordadas, las mantas, las toallas para el baño... Había también joyas en una bonita caja de papel maché: una esclava que todavía no lucía ningún nombre grabado, por supuesto, una cadena con un racimo de medallitas piadosas, un broche monísimo. Después, de puntillas, las visitantes penetraban en la santa capilla: la habitación que me estaba destinada, un antiguo trastero reformado, contiguo a la habitación de mis padres. Mi madre estaba muy orgullosa de una reproducción de la Visitación, con el ángel Gabriel empuñando una flor de lis, que hube de ver durante toda mi infancia colgada en la pared, y de una lamparita con forma de pagoda china, sobre la mesita de noche, que desprendía una luz rosada.

En el exterior, era Carnaval y La Pointe estaba que ardía. De hecho, había dos carnavales. Uno burgués, con señoritas disfrazadas y desfiles de carrozas en la Place de la Victoire, y el otro, el popular, el único que contaba en realidad. El domingo, las bandas de *mas*⁶ venían desde las barriadas y se juntaban en el corazón de la ciudad. *Mas à fèye, mas à konn, mas à goudron. Moko zombi*, encaramados en zancos gigantes. Los látigos restallaban. Los silbatos te reventaban los tímpanos y el sonido del *gwoka* era tan fuerte que las vibraciones volcaban el cuenco de aceite amarillo del sol. Las bandas de *mas* atestaban las calles, haciendo toda suerte de cabriolas, dando volteretas. La multitud se agolpaba en las aceras para verlas. La gente de bien, los que tenían suerte, se amontonaban en los balcones y les lanzaban monedas al pasar. Aquellos días nadie podía retener a Sandrino en casa. Se esfumaba. A veces, las criadas salían en su busca y se lo encontraban ebrio, todo sucio de manchas que ninguna lejía podría borrar. Pero no era lo habitual. Por lo general, reaparecía por las noches y, sin un solo lloro, recibía las tundas de correazos que mi padre le propinaba.

El martes de Carnaval, a eso de las diez, mi madre empezó a sentir dolores familiares: las primeras contracciones. Pronto, sin embargo, se fueron espaciando y la dejaron en paz. El doctor Mélas, avisado de urgencia, le aseguró tras examinarla que nada iba a suceder hasta el día siguiente. A

mediodía, mi madre se comió de buena gana los buñuelos rellenos de manzana de la cocinera, repitió varias veces y se permitió una copa de vino espumoso para brindar con mi padre. Aún le quedaron fuerzas para soltarle una monserga a Sandrino, a quien Gitane acababa de pillar escabulléndose, descamisado, en la esquina de la Rue Dugommier. En breve, Dios misericordioso iba a regalarle una hermanita (o un hermanito) a quien dar ejemplo y llevar por el buen camino. Ya estaba bien de hacer el majadero. Sandrino escuchaba, con ese escepticismo que solía reservar a los discursos de mis padres. No le daba la gana darle ejemplo a nadie y le importaba un pepino el bebé. Sin embargo, me aseguró que empezó a quererme nada más verme, algunas horas después, tan fea y enclenque en mis ropajes de princesa.

A la una del mediodía, llegados de todos los rincones, los *mas* invadieron La Pointe. Cuando los primeros golpes de *gwoka* resonaron en el cielo, mi madre, como si respondiera a una señal secreta, rompió aguas. A mi padre, a mis hermanos mayores, a las sirvientas casi les da algo. ¡Exagerados! Dos horas después, ya había nacido. El doctor Mélas llegó a tiempo para recogerme, toda pringosa, con sus largas manos. Nunca dejó de repetir a quien quisiera escucharlo que yo había entrado en este mundo con la facilidad de una carta en un buzón.

Me gusta pensar que mi primer aullido de terror pasó desapercibido en mitad del jolgorio de la ciudad. Quiero creer que fue un signo, el presagio de que sabría reír las penas más grandes. Sentía celos de mi hermana mayor Émilia, porque también ella nació en mitad de los petardos y los fuegos artificiales de un 14 de julio. Le robaba a mi nacimiento lo que, a mis ojos, le otorgaba un carácter único. Me bautizaron por todo lo alto un mes después. Siguiendo la costumbre de las familias numerosas, mi hermano René y mi hermana Émilia fueron mi padrino y mi madrina.

Cuando, diez veces al día, con todo lujo de detalles, mi madre me relataba los extra-ordinarios incidentes que precedieron mi nacimiento, ni eclipse de luna o de sol, ni danzas de astros en el cielo, ni terremotos, ni ciclones, yo era muy niña y me pegaba a ella, sentada en su regazo. De ninguna manera podía entender por qué no pude quedarme dentro de su vientre. Los colores y las luces del mundo a mi alrededor no me consolaban por la pérdida de la opacidad donde, durante nueve meses, había chapoteado a ciegas, feliz como pez en el agua. Solo deseaba una cosa: regresar al vientre de mi madre y

reencontrar así la felicidad que, al nacer, bien lo sabía, había perdido para siempre.

LUCHA DE CLASES

En La Pointe, en mi época, no existían los parvularios ni los jardines de infancia. Así que empezaron a proliferar las escuelitas de pago. Algunas se bautizaban con nombres pomposos: «Enseñanza privada Mondésir». Otras, con nombres de risa: «Los Bambinos». Pero la más cotizada, a la que iban los hijos de las familias que se daban aires burgueses, era la escuela de las hermanas Rama, Valérie y Adélaïde. Se encontraba en una callejuela apacible, tras la catedral Saint-Pierre-et-Saint-Paul, en la planta baja de una casa colonial que daba a un patio donde los mangos, sin importar la estación, daban sombra a los alumnos en el recreo. Las hermanas Rama eran dos solteras idénticas a primera vista. Muy negras, casi azules. Enjutas, por no decir esqueléticas. Se alisaban con mimo el cabello, recogido en un moño. Vestían de colores sombríos, en época de lluvias y en Cuaresma, como si guardaran luto por maridos e hijos imaginarios. Si se las observaba de cerca, podía apreciarse que Valérie tenía una verruga encima del labio superior, del tamaño de un botón de camisa, que Adélaïde, al reírse, no se preocupaba de ocultar los dientes de conejo y era bastante menos siesa. A veces les añadía a las camisas un cuello de encaje y, a menudo, se ponía faldas ligeramente más cortas y se le veían los bajos blancos de la combinación.

Tanto Valérie como Adélaïde eran mujeres de una gran cultura. Quienes tenían acceso al despacho que ambas compartían en el primer piso podían admirar unas paredes enteramente tapizadas de libros encuadernados en piel. Las obras completas de Victor Hugo. Las obras completas de Balzac. Las obras completas de Émile Zola. Podían también admirar, en un marco barroco decorado por una suntuosa pareja de bacantes, el retrato, paradójicamente austero, de su difunto padre. Había sido el primer juez de instrucción negro de Guadalupe. A mi madre, ignoro por qué, no le caían

bien las hermanas Rama y lamentaba muchísimo que tan honorable herencia se encaminara a la desaparición. ¿Por qué ningún pretendiente les había parecido lo suficientemente bueno a Valérie y Adélaïde? Era tal la severa reputación de mi madre que las hermanas Rama, en un principio, se negaron a aceptarme en las filas de su escuelita de cantoras, a quienes enseñaban *Frère Jacques* o *Savez-vous planter des choux*. Solo cederían con una condición: poder administrarme un correctivo cada vez que me lo mereciera. Mi madre refunfuñó de lo lindo.

—¿Cómo que un correctivo? ¡Ni hablar de tocar a mi hija!

Pero, cosa rara, mi padre tuvo la última palabra y me aceptaron. Durante aquellos primeros años, la escuela me llenaba de felicidad. Ya tendría tiempo de odiarla, de considerarla como una cárcel donde no queda más remedio que plegarse a un puñado de reglas absurdas.

Todas las madres de nuestro entorno trabajaban, y estaban muy orgullosas de ello. La mayoría eran maestras y despreciaban inclementes los trabajos manuales que en otro tiempo les arrancaran lagrimitas de emoción a sus propias madres. Nada que ver con esas mamás que se pasaban el día en casa, despeinadas, que recibían a los niños en el umbral con sonoros besos, tras una larga jornada de coladas y planchas de hierro y legumbres puestas en remojo y que, por la noche, les contaban los cuentos criollos de Zamba o del Señor Conejo. Con cinco años, nos sabíamos de memorieta *Piel de asno*, de Charles Perrault. Con siete, *Las niñas modelo*, de la Condesa de Ségur. Nuestros padres, por su parte, también se marchaban muy temprano, encorbatados, trajeados de lino blanco almidonado, tocados con sombreros coloniales que no les impedían sudar como pollos. Así que una criada se encargaba de llevarnos al colegio, en rebaño, a todos los niños del barrio. La criada en cuestión tenía que ser de fiar. La asamblea de padres rechazó por unanimidad a Olga, la criada de la familia Clavier, una locuela que formaba parte de una banda de *mas* y bailoteaba por las calles en carnaval, recubierta de alquitrán. Censuró asimismo a la criada de la familia Roseau, que tenía la fastidiosa costumbre de coquetear con sus pretendientes por las esquinas. Y a la criada de la familia Écanville, demasiado joven.

La elegida fue Madonne, nuestra propia criada, que rondaba la cincuentena. Una *chabine*⁷ alta y triste que dejaba que sus seis hijos se buscaran la vida en su barriada de Udol y, cada día, a las cinco de la mañana,

estaba en nuestra cocina lista para prepararnos el café. Madame no era severa. Se limitaba a caminar a la cabeza del pelotón y, de cuando en cuando, a dedicarme un par de palmadas, pues yo siempre me quedaba en la cola, mirando fijamente el sol hasta cegarme o fantaseando con mil aventuras. Madame me dejaba recoger semillas en la Place de la Victoire, para hacerme collares. En lugar de ir por el camino más corto, tomaba un desvío tras otro. Por todas estas razones, los niños nos llevamos un buen disgusto cuando estalló la tragedia.

Una mañana, Madame cometió el error imperdonable de faltar al trabajo. Una de mis hermanas tuvo que preparar el desayuno. Otra, llevarnos al colegio. Al final del día, de improviso, uno de los hijos de Madame llamó a la puerta. Balbuceó, en un francés penoso, que su madre había tenido que llevar a su hija, enferma de gravedad, al hospicio Saint-Jules y que, además de necesitar un adelanto de la paga, nos pedía un par de días de baja. Mi madre echó sus cuentas a toda prisa y despidió a Madame sin pestañear, decisión que suscitó reacciones encontradas entre el resto de los padres del barrio. La mayoría estimaba que mi madre no había hecho bien. Tampoco era nada nuevo, aquella mujer no tenía corazón. Después de aquello, si mal no recuerdo, fue mi hermana Thérèse la encargada de llevarnos donde las hermanas Rama. No habrían pasado demasiados días cuando, una tarde, mientras remoloneaba en la cola del pelotón, como de costumbre, me topé de bruces con un chico fuerte y alto o, por lo menos, así me lo pareció. De manera que solo yo pudiera oírlo, me susurró:

—Bou-co-lon (acentuaba con suma violencia las tres sílabas de mi apellido), *an ké tchouyé-w!*⁸

Acto seguido, dio unos pasos hacia mí, con un gesto más terrible si cabe, resuelto a pasar del dicho al hecho. Corrí todo lo rápido que pude, hasta sentirme a salvo a la cabeza de la cuadrilla. Al día siguiente, no volvió. Pero, ¡ay!, a las cuatro de la tarde temblé de miedo otra vez al reconocerlo apoyado en una esquina de la calle. Lo peor de todo es que parecía un niño perfectamente normal. Ni más sucio ni más desaliñado que el resto. Camiseta y pantalón corto, del color de los nísperos, calzado con sandalias. Regresé a casa sin soltar ni un segundo la mano de Thérèse, que alucinaba. Dejé de verlo unos días y traté de convencerme de que había sido una pesadilla. Luego, volvió a sorprenderme una tarde que me relajé y andaba saltando a la

pata coja murmurándome un cuento. En aquella ocasión, no se conformó con amenazarme. Me tiró al suelo de un empujón. Cuando llegó Thérèse, alertada por mis gritos de pavor, el chico ya se había marchado. Mi hermana estaba convencida de que me lo había inventado, porque yo siempre andaba inventándome historias. Aquello duró, me parece, varias semanas. El chico casi nunca se me aparecía por las mañanas, tampoco todas las tardes. En cuanto me permitía pensar que nunca más volvería a verlo, reaparecía, más aterrador si cabe. La mayoría de las veces no alcanzaba a tocarme. Así que me dedicaba de lejos las muecas más terribles y los gestos más obscenos. Empecé a llorar desesperadamente cada vez que tenía que salir a la calle, y no me separaba de las faldas de Thérèse ni un poquito en el camino al colegio. Ya estaba mi madre pensando en llevarme a la consulta del doctor Mélas, pues las dimensiones de mi delirio empezaban a preocuparla, cuando Adélaïde Rama se dio cuenta de que un chaval rondaba la salida de la escuela. Intentó acercarse a él, pero salió pitando como alma que lleva el diablo. Su descripción casaba con la mía. El chaval no tenía pinta de ladrón ni de granuja. ¿Sería huérfano? Empezaron a hacerme caso. A partir de entonces, mi padre en persona me escoltó en el camino al colegio. Me cogía firme de la muñeca, era como llevar puestas un par de esposas. Caminaba tan rápido que me obligaba a correr para seguirle el ritmo. Cruzaba las calles a zancadas, sin mirar, y los coches le pitaban. Pero surtió efecto: el chico se asustó. Desapareció. Para siempre.

Cada cual elaboró su propia teoría para resolver el misterio. ¿Quién era mi agresor? ¿Qué quería en realidad? Mis padres me expusieron su punto de vista. El mundo se dividía en dos clases: la clase de los niños bien vestidos, bien calzados, que acuden al colegio para aprender y ser algo en la vida. Y la otra clase, la de los malnacidos y los envidiosos que solo piensan en hacer el mal. La primera clase nunca debe quedarse atrás en el camino y más le vale andarse con cuidado.

La explicación de Sandrino me pareció más razonable. Me resultó más convincente por ser más novelera. Le parecía haber visto a Madame por el barrio en un par de ocasiones, vestida de luto riguroso, pues la hija se le había muerto en el hospicio Saint-Jules. El hijo, rabioso por la desgracia de la madre y el injusto trato de nuestra familia, había resuelto vengarse. Solo tenía narices para tomarla conmigo, el miembro más vulnerable.

—Los padres —concluyó Sandrino, muy serio— comieron uvas aún verdes y a los hijos les duelen las encías.

YVELISE

Mi mejor amiga, a quien conocía desde preescolar en el colegio de Dubouchage, se llamaba Yvelise. Cariñosa, risueña como las libélulas, tenía un carácter tan apacible que, por comparación, me hacía parecer más chalada si cabe, decían en mi entorno. Me daba envidia ese nombre suyo, la suma de los de su padre y su madre: Yves y Lise. A mí no me gustaba ni un pelo mi nombre. Por más que mis padres me repitieran que era un homenaje a dos valerosas aviadoras que, poco antes de mi nacimiento, habían logrado no sé qué hazaña aérea, no me impresionaban nada. Cuando Yvelise y yo caminábamos cogidas del brazo por la Place de la Victoire, los desconocidos nos preguntaban si éramos gemelas. No nos parecíamos, pero éramos del mismo color, ni muy negras-negras, ni tampoco muy rojas, de la misma estatura, igual de pizpiretas, flacas y patilargas, a menudo ataviadas con vestidos similares.

A pesar de que mi madre le sacaba diez años a Lise, esta se contaba entre sus mejores amigas. En tanto que maestras, ambas disfrutaban del mismo estatus social privilegiado, casadas con hombres de posibles. Pero, mientras que el compañero de mi madre se portaba cristianamente, Yves se pasaba la vida de flor en flor. A Lise nunca le duraban las sirvientas ni las buenas amigas, a excepción de mi madre. Yves había dejado preñadas a todas y cada una de las primas del pueblo de Lise, que iban pasando una tras otra por su casa para educarse en la ciudad. De hecho, cuando Lise y mi madre estaban juntas, a mi madre le tocaba escuchar el desgarrador relato de sus infortunios conyugales y, por añadidura, ejercer de consejera. No se andaba mi madre con chiquitas, recomendándole pedir el divorcio y una elevada pensión alimenticia. Lise se hacía la sorda porque, en el fondo, adoraba a su negro, por muy picaflor que fuera.

Fui inmensamente feliz cuando Yvelise dejó Les Abymes y se mudó a la Rue Alexandre Isaac. A una casa vecina y casi tan bonita como la nuestra. Dos pisos pintados de blanco y azul. Macetas de buganvillas en el balcón. Electricidad. Agua corriente. Con la excusa de ayudarla con los deberes y los exámenes, me pasaba la vida metida en su casa. Quería vivir allí. La madre, absorta en sus dramas amorosos, apenas nos miraba. El padre, cuando paraba por casa, de Pascuas a Ramos, se hacía el bonachón, prodigando chistes y risotadas. No era nada pedante, a diferencia de mi padre. Y, sobre todo, los tres hermanos de Yvelise aprovechaban la más mínima oportunidad para bajarse los pantalones y enseñarme el pito. A veces, hasta me dejaban tocárselo.

Por las mañanas, con la mochila a cuestas, trotábamos juntas hacia nuestro nuevo colegio, el Petit Lycée, en compañía de sus hermanos, que andaban demasiado ocupados con sus hormonas como para vigilarnos. Recuerdo con suma alegría aquellas carreras por una ciudad que parecía pertenecernos solo a nosotros, los niños. El sol tenía brillo de trompeta. Los veleros de Marigalante se arracimaban en el puerto. Las vendedoras, despatarradas en el suelo, ofrecían tubérculos y *dannikites*.⁹ Vendían zumo de caña en pequeñas cantimploras blancas. El Petit Lycée acababa de abrir sus puertas en la Rue Gambetta y nuestros padres, por pura vanidad, nos habían matriculado a todo correr. No me gustaba demasiado. En primer lugar, perdí mi reputación de número uno. Además, estábamos como sardinas en lata. Se trataba de una antigua casa burguesa parecida a la nuestra. Los baños y las cocinas se habían convertido en aulas. No había manera de desfogarse en aquel minúsculo patio de recreo donde saltábamos ordenadamente a la comba.

En el colegio, todo me separaba de Yvelise.

Sí, estábamos en la misma clase. Sí, nos sentábamos juntas. Pero, mientras que a mí no me costaba esfuerzo alguno seguir sacando sobresalientes por doquier, Yvelise era la última en todo. Si sus padres no hubieran sido gentes de bien, jamás habría ingresado en el Petit Lycée. Yvelise, más que leer, tartamudeaba. Necesitaba pensar un buen rato para averiguar que dos más dos, misteriosamente, suman cuatro. Cometía una media de cincuenta faltas por dictado. Era incapaz de memorizar una sola fábula de La Fontaine. Cuando la maestra la sacaba a la pizarra, Yvelise se

retorcía y sollozaba de tal modo que la clase se partía de risa. Únicamente sobresalía en solfeo y en música, pues Dios la había dotado de una voz de ruiseñor. La profesora de piano la ponía a cantar, a ella sola, la barcarola de *Los cuentos de Hoffmann*. Que Yvelise fuera mala alumna no afectaba para nada a nuestra amistad. Por el contrario, se avivaba mi instinto protector. Yo era su ángel de la guarda. Quienes querían propasarse con ella, primero se las tenían que ver conmigo.

No era yo la única del Petit Lycée que le tenía cariño a Yvelise. Por la dulzura de su carácter, nuestra maestra, madame Ernouville, la adoraba. A mí me tenía manía, no sin razón, pues imitaba la rebeldía y los aires de Sandrino, burlándome de todo el mundo, incluso de las personas, precisaba ella, más sabias que yo. Yvelise, en cambio, era la niña de sus ojos. En más de una ocasión había advertido a la directora, amiga de Lise, de la mala influencia que yo era. La verdad, tampoco es que yo la tragara, a madame Ernouville. Era bajita y gorda. Con la piel clara, como una albina. Hablaba con un deje nasal y chillón al mismo tiempo, transformando todas las *r* en *w*, insinuando una *y* antes de las vocales, abriendo cada *o*. Al dictar, pronunciaba «un print» en vez de «un point». Era la antítesis de mi madre y del ideal de mujer que ya entonces comenzaba a formarme.

Me parecía que mi amistad con Yvelise sería eterna, inquebrantable como una roca. Sin embargo, la maldad y la mente perversa de madame Ernouville casi consiguen acabar con ella.

En el mes de diciembre, antes de las vacaciones, como el rigor y la imaginación de madame Ernouville brillaban más que nunca por su ausencia, nos mandó de deberes una redacción que nada tenía de original: «Describe a tu mejor amiga».

Menudo aburrimento de tarea. La terminé en un santiamén, le entregué el cuaderno de francés y no volví a pensar en ella. Un par de días después, madame Ernouville inauguró la clase como sigue:

—Maryse, castigada sin recreo durante una semana por la sarta de maldades que has escrito sobre Yvelise.

¿Maldades? Ante mi asombro, se puso a leer mi redacción con aquella chillona voz suya: «Yvelise no es guapa. Yvelise tampoco es inteligente». Los compañeros se tronchaban de la risa y, de reojo, miraban a Yvelise, que, herida por la brutal sinceridad de mis palabras, agachaba apenada la cabeza.

Con inusitada torpeza, en vano intenté explicarles el misterio de la amistad entre borricos y superdotados. En realidad, la cosa no habría pasado de aquello, algunas risas, algunos días de morros —Yvelise era demasiado buena como para seguir enfadada mucho tiempo—, de no ser porque madame Ernouville decidió presentarle a la directora un informe sobre lo que ella llamaba mi maldad. Esta, escandalizada, informó a la madre de Yvelise, que, a su vez, acusó a mi madre de darme una mala educación. Me había atrevido a llamar a su hija cardo y retrasada. ¿Pero qué me creía, eh? Normal, viniendo de una familia que iba por ahí como si su mierda no olierá, una familia de negros que se las daban de blancos. Mi madre se lo tomó muy a pecho. Mi padre también. Como éramos pocos, el padre de Yvelise también se cabreó. En resumen, que los adultos lo liaron todo y olvidaron el origen infantil de la disputa. La consecuencia fue que mi madre me prohibió tajantemente poner un pie en casa de Yvelise.

Tuve que obedecerla y sufrí una barbaridad. En el corazón de los niños, la amistad late con la violencia del amor. Sin Yvelise, sentía una aflicción constante, lacerante como el dolor de muelas. No podía dormir. No tenía apetito y la ropa se me quedó toda grande. Nada me distraía: ni los juguetes que me regalaron por Navidad, ni las patochadas de Sandrino, ni las sesiones dobles en La Renaissance. Yo, que adoraba el cine, no le hacía ni caso a Shirley Temple. Le escribía mil cartas imaginarias a Yvelise, en las que le daba explicaciones y le pedía perdón. Pero ¿por qué le pedía perdón? ¿Por qué me habían castigado? ¿Por haber dicho la verdad? Es cierto que Yvelise no era lo que se dice una belleza. Su propia madre se lo recordaba, suspirando, en cuanto tenía ocasión. Es verdad que no sabía hacer la O con un canuto. Era un secreto a voces. Las vacaciones de Navidad duraron una eternidad. Por fin, el Petit Lycée reabrió sus puertas. Yvelise y yo nos encontramos en el patio. Pude adivinar, por la inquietud de su mirada apagada y tímida, por el rictus caído de sus labios, que había sufrido tanto como yo. Me acerqué y le ofrecí una chocolatina, susurrándole, casi suplicándole:

—¿Quieres un bocadito?

Asintió y firmamos la paz. En clase, volvimos a sentarnos juntas y madame Ernouville no se atrevió a separarnos.

Hasta el día de hoy, mi amistad con Yvelise, tras superar el eclipse de la

adolescencia, ha salido victoriosa de todo drama.

CLASE DE HISTORIA

Amenudo, después de que Adélia nos sirviera la cena a las siete en punto, mi padre y mi madre, cogiditos del brazo, salían a tomar el fresco. Bajaban por nuestra calle hasta la suntuosa casa solariega de la familia Lévêque, terratenientes blancos que nunca faltaban a misa, el padre, la madre, cinco hijos y una tía solterona, entrada en carnes, tocada con mantilla, aunque el resto del tiempo vivían tras las cortinas echadas y las puertas cerradas. A continuación, mis padres giraban a la izquierda y, al pasar frente al cine-teatro La Renaissance, le dedicaban una miradita de desdén a la cartelera de estrenos de películas americanas en technicolor. Odiaban América sin conocerla, solo porque allí se hablaba inglés y no era Francia. Recorrían el paseo marítimo husmeando la brisa del mar, llegaban hasta el muelle Ferdinand-de-Lesseps, donde el olor del bacalao en salazón se aferraba a las ramas bajas de los almendros malabares, regresaban a la Place de la Victoire y, tras ir y venir tres veces por la alameda, se sentaban en un banco. Allí se quedaban hasta las nueve y media. Entonces, se levantaban y volvían a casa por los mismos vericuetos.

Siempre me arrastraban con ellos. Porque mi madre se sentía muy orgullosa de tener una niña pequeña a su edad y también porque le costaba horrores separarse de mí. No me gustaban nada de nada aquellos paseos. Habría preferido quedarme en casa con mis hermanos y hermanas. En cuanto mis padres salían por la puerta, se desmelenaban. Charlaban con sus pretendientes en la puerta. Pinchaban *biguines*¹⁰ en el tocadiscos, se gastaban todo tipo de bromas en criollo. Bajo el pretexto de que la gente educada no debe comer en plena calle, durante aquellas salidas mis padres nunca me compraban ni pistachos garrapiñados ni *sukakoko*.¹¹ Me veía forzada a salivar ante todas aquellas golosinas y a ponerles cara de pena a las vendedoras, a

ver si, a pesar de mis ropas compradas en París, me caía alguna limosna. A veces, la estratagema funcionaba y alguna, el rostro iluminado a medias por la luz de un quinqué, me regalaba un puñado de lo que fuera:

—¡Toma, bonita, esto es para ti, mi *pitit!*¹²

Mis padres ni se daban cuenta y hablaban entre ellos. De Sandrino, a quien lo mismo expulsaban del colegio. De una de mis hermanas, que no les traía buenas notas. De posibles inversiones, pues mi padre tenía olfato para las finanzas. Sobre todo, de la maldad de las gentes de La Pointe, que rabiaban cuando negros como ellos hacían fortuna. Por culpa de estas paranoias paternas, pasé mi infancia angustiada. Habría dado cualquier cosa por ser hija de personas ordinarias, anónimas. Crecí con la impresión de que los miembros de mi familia se encontraban en peligro, haciendo equilibrios en el cráter de un volcán cuya lava amenazaba con barrerlos en cualquier momento. Disimulaba este sentimiento a duras penas, recurriendo a la fabulación y a la agitación constantes, pero aun así me consumía.

Mis padres siempre se sentaban en el mismo banco, junto al quiosco de música. En caso de que ya estuviera ocupado, mi madre se plantaba frente a los indeseables en cuestión, mirando impaciente el reloj, hasta que los espantaba. Yo trataba de divertirme como podía. Saltaba a la pata coja por los senderos. Lanzaba piedras. Extendía los brazos y jugaba a ser un avión en lo alto del cielo. Les hablaba a las estrellas y a la luna creciente. En voz alta, haciendo aspavientos, me contaba cuentos a mí misma. Una noche, estando yo entretenida con mis juegos de chiquilla solitaria, otra niña surgió de entre las sombras. Rubita, desaliñada, con la coleta medio deshecha. Me interpeló en criollo:

—*Ki non a-w?*¹³

Me pregunté para mis adentros con quién se pensaría que estaba hablando. ¿Con una cualquiera? Para impresionarla, le recité de corrido todos mis nombres. No pareció surtir efecto, pues quedó claro que mi apellido no le sonaba de nada, y volvió a dirigirse a mí en criollo, con tono autoritario:

—Pues yo me llamo Anne-Marie de Surville. ¡Vamos a jugar! Pero cuidado: si mamá me ve contigo, me pega seguro.

Seguí su mirada hacia un grupo de mujeres blancas que había en un banco, inmóviles, dándonos la espalda, todas con los lisos cabellos peinados igual. No me gustaron ni un pelo los modales de la tal Anne-Marie. Casi doy

media vuelta y me vuelvo con mis padres. Por otra parte, me alegraba mucho de poder jugar con alguien de mi edad, aunque me tratara como si fuera su criada.

De inmediato, Anne-Marie tomó la batuta del juego y, toda la noche, tuve que someterme a su voluntad. Me tocó hacer de mala alumna y ella, que hacía de maestra, me tiró del pelo. Hasta me sentó en sus rodillas con el vestido levantado para propinarme una azotaina en el culo. Me tocó hacer de caballo. Se me subió encima y me azuzó a patadas. Me tocó ser la chacha y recibir sus bofetadas. Me insultó todo lo que quiso y más. Yo temblaba al escucharla chillar tal cantidad de palabrotas, *kouni à manman a-w y tonnè dso*.¹⁴ En un momento dado, me propinó un cachete tan fuerte que corrí a refugiarme en los brazos de mi madre. La vergüenza me impedía explicarme. Me inventé que me había caído y dejé a mi torturadora saltando impune en el quiosco de música.

La noche siguiente, Anne-Marie me estaba esperando en el mismo sitio. Durante más de una semana, no faltó ni una sola noche y yo aguanté sin rechistar sus crueldades. Por poco no me deja tuerta. Terminé protestando, harta de tanta brutalidad:

—Ya vale de pegarme.

Se echó a reír y me asestó un patadón en plena tripa:

—Te lo mereces, por negra.

En el camino de regreso a casa, por más que le daba vueltas a aquella respuesta, no le encontraba lógica ninguna. Al acostarme, tras rezarles a los cuatro angelitos que guardaban mi cama y al santoral completo, le pregunté a mi madre:

—¿Por qué los negros se merecen que les peguen?

Mi madre, pasmada, exclamó:

—¿Pero cómo a una niñita tan inteligente como tú se le ocurren preguntas así?

Me dibujó a toda prisa una cruz en la frente y se retiró, apagando la luz del cuarto. A la mañana siguiente, mientras ella me peinaba, volví a la carga. Tenía la intuición de que aquella pregunta escondía la clave para comprender la arquitectura del mundo, a menudo incomprensible, que me rodeaba. El genio de la verdad estaba a punto de salir de la lámpara. Tanto insistí que al final mi madre me propinó un golpe seco con el mango del cepillo:

—Hazme el favor de dejar de decir tonterías, ¿quieres? ¿O acaso tú ves que alguien nos pegue a tu padre o a mí?

No, claro que no. Sin embargo, la reacción acalorada de mi madre no disipó mis sospechas. Me estaba escondiendo algo. A mediodía, me colé en la cocina para sondear a Adélia. ¡Mala suerte! Estaba removiendo una salsa. Nada más verme, antes incluso de que pudiera decirle nada, empezó a gritar:

—¡Largo, o llamo a tu madre!

No me quedó más remedio que obedecer. Dudé un rato y por fin llamé a la puerta del despacho de mi padre. Mientras que, en todo momento, me sentía arropada por el cariño y las atenciones de mi madre, sabía perfectamente que a mi padre yo le traía sin cuidado. No había nacido varón. Además, era yo su décimo retoño, porque tenía otros dos hijos de su primer matrimonio. Mis llantinas, mis caprichos, mi desorden lo sacaban de sus casillas. Me acerqué con la misma cantinela:

—¿Por qué los negros se merecen que les peguen?

Levantó la vista y me respondió, distraído:

—¿Pero qué narices...? A los negros nos pegaban en otros tiempos, hace mucho. Dile a tu mamá que venga, ¿quieres?

Decidí comerme con patatas la dichosa pregunta. No le pregunté nada a Sandrino, pues me daba miedo su respuesta. Intuía que un doloroso secreto permanecía enterrado en lo más profundo de mi historia, un secreto vergonzoso e incluso peligroso que no convenía sacar a la luz. Mejor ocultarlo en las profundidades de la memoria, igual que mi padre y mi madre, igual que todas las personas que nos rodeaban, parecían hacer.

En los días siguientes, regresé a la Place de la Victoire con mis padres, resuelta a plantarle cara a Anne-Marie. Pero, por más que la busqué y rebusqué por todos lados, en cada sendero, aquí y allá, no volví a verla. Fui corriendo al banco donde solían sentarse su mamá y sus tías. Completamente vacío. Nunca volví a verlas. Ni a ella, ni a las mujeres de su familia.

Hoy me pregunto si aquel encuentro no sería cosa de magia. Mi tierra alberga en su interior tantos odios antiguos, tantos miedos antiguos aún sin cicatrizar, que me pregunto si Anne-Marie y yo no habremos sido, jugando a jugar, las reencarnaciones en miniatura del negrero y su negro.

¿Qué otra explicación cabía? ¿Cómo yo, rebelde sin causa, me había resignado a ser un manso corderito?

LA TATA JULIE

Antes de perder a la tata Julie, yo no sabía nada de la muerte. Mi madre era hija única. Mi padre también. El padre de mi padre, marinero de oficio, abandonó a su esposa en cuanto supo que la había dejado embarazada. A quienes crecen en tribus numerosas, rodeados de incontables hermanastros, hermanastras, tíos, tías, primos, primas, parientes y allegados, tarde o temprano les toca enfrentar el rostro terrible y burlón de la muerte. No fue mi caso.

¿Será por eso que la muerte pronto despertó en mí esta fascinación que aún hoy sigue en aumento? Cada vez que un entierro pasaba por el barrio Alexandre Isaac, me asomaba corriendo al balcón a contemplar la procesión dirigirse lentamente hacia la catedral. No me gustaban los funerales de los pobres, escoltados en el último viaje por cuatro gatos creyentes, sin flores ni coronas. Lo que a mí me gustaba eran los funerales opulentos de los más ricos del cementerio. En cabeza, el pelotón de los niños cantores, las túnicas larguísimas, alrededor del cura y la pesada cruz. Detrás, el féretro drapeado con remaches plateados. Entre la multitud de luto, yo solo tenía ojos para las primeras filas, las de la familia: las viudas, invisibles tras sus velos oscuros, los hombres, con aquellos brazaletes negros cosidos en las mangas de las camisas, los niños, pequeños autómatas, caminando mecánicamente. Pensándolo bien, es como si ya presintiera que no podría asistir al entierro de quien más quería. Como si anticipara, para compensar, un luto imaginario. A veces, en aquel tiempo, había músicos en los entierros. Soplaban trompas y saxofones. Aporreaban timbales. Y con aquellos acordes nació este amor mío por la música sacra. Cuando la tata Julie enfermó de una pleuresía con complicaciones pulmonares, a mi madre le entró miedo del contagio. Así que no pude ir a visitarla y solo volví a verla en su lecho de muerte.

La tata Julie me había paseado en brazos por la Place de la Victoire para lucir mis casacas de seda, tul o encaje. Me había ayudado en mis primeros pasos, levantándome, consolándome de cada tropiezo. Cuando me hice mayor, mi madre no quiso despedirla —no tenía adónde ir— y se convirtió en nuestra lavandera. Todos los miércoles, llegaba a casa portando un cesto en equilibrio en la cabeza, lleno de ropa limpia a más no poder y perfumada. Mi padre, maniático extremo en cuestión de cuellos de camisa, no encontraba nada que objetar. La tata Julie era una vieja mulata, de piel muy clara, mirada acuosa, mejillas arrugadas como calabazas secas. Me parece que venía de Terre-de-Haut, en el archipiélago de Les Saintes. No parecía tener marido ni hijos y quizá por eso dependía de nuestra familia. Yo la adoraba, tanto como a mi propia madre, que se ponía celosa, lo sé. Sin razón. Mi amor por la tata Julie era radicalmente diferente de mi amor por ella. Mi madre era demasiado exigente. Me esforzaba de lo lindo en ser la mejor y la primera en todo. En consecuencia, vivía aterrorizada por la posibilidad de decepcionarla. Mi mayor miedo era escuchar la premonición que, con no poca frecuencia, solía soltarme:

—¡No llegarás a nada en esta vida!

Siempre me criticaba. Me encontraba demasiado alta para mi edad, les sacaba dos cabezas a todos mis compañeros del colegio, era demasiado flaca, parecía el espíritu de la golosina, con los pies demasiado grandes, sin cintura ninguna, patizamba. Por el contrario, la tata Julie siempre me veía como la niña más linda y más lista sobre la faz de la tierra. Hiciera lo que hiciera, dijera lo que dijera, me consideraba sin tacha. Cada vez que la veía, me colgaba de su cuello con tanta violencia que le deshacía el nudo del *madras*¹⁵ y le dejaba al descubierto la seda blanca del cabello. Me la comía a besos. Me acurrucaba en su regazo. La tata Julie me abría de par en par el corazón y los brazos. Los años que precedieron a su muerte los pasó encamada, enferma de disentería, bronquitis, fiebres varias; ya no podía venir a ocuparse de la colada y yo la necesitaba como el aire para respirar.

No olvidaré jamás la tarde en que mi madre, sin demasiados miramientos, me anunció que la tata Julie había sufrido una recaída y ya no estaba con nosotros. Al principio, lo que sentí no se parecía a la tristeza. Tuve la extraña sensación de que la luna se interponía entre la tierra y el sol y de que la oscuridad se espesaba a mi alrededor. Anduve a tientas como los ciegos.

Escuché a mi madre pedirle su opinión a mi padre. A mi edad, ¿debían llevarme al funeral? ¿Estaba lista para ver un muerto? Estuvieron debatiendo un buen rato. Concluyeron que no me vendría mal. Para endurecerme. Qué niña, siempre lloriqueando, con o sin motivo. Entretanto, la pena iba brotando en mi interior, me invadía, poco a poco. Me estallaría de un momento a otro, lo mismo que un volcán. Por fin, mi madre decidió llevarme. Estábamos a punto de salir cuando Sandrino, guasón como de costumbre, me susurró al oído:

—¡Ándate con ojo! Si te portas mal, la muerta vendrá a por ti.

La tata Julie no vivía lejos, en el barrio de Carénage, barrio desconocido para mí. Un viejo barrio de pescadores, apelonado en torno a la fábrica Darboussier, todavía abierta. A pesar de la hora avanzada, la calle, bordeada de casitas bajas, estaba a rebosar de gente. Niños correteando por todas partes. Vendedoras que ofrecían todo tipo de golosinas, *sukakoko*, dulces de batata. Sentados a las puertas de sus casas, los hombres, en zapatillas, se enzarzaban con los dados o el dominó:

—*An tchyou a-w!*¹⁶

Otros empinaban el codo. Aquella animación, más que otra cosa, me sorprendió. Parecía como si la desaparición de la tata Julie no les importara. Según nos acercábamos a la casa de la muerta, con un crespón negro en la entrada, aumentaba el rumor de las voces.

La casa de la tata Julie era pequeña. Una sola habitación, dividida en dos por una cortina. En la mitad que hacía las veces de dormitorio, llena de velas encendidas, parecía mediodía. Hacía además mucho calor. Los vecinos y vecinas que rodeaban la cama, hasta arriba de flores, se apartaron al entrar mi madre. Pude ver entonces a la tata Julie, vestida con su mejor traje de fiesta, el pelo recogido en pequeños moñitos que le sobresalían a la altura de las sienes por debajo del *madrás* negro. No la reconocí. Había engordado. Mucho. No parecía la misma persona. Ni rastro de su sonrisa. De pronto gastaba un gesto hostil y amenazador. Mi madre me ordenó:

—¡Vete a darle un beso!

¿Darle un beso?

Pensé en salir pitando. En ese instante, recordé la advertencia de Sandrino. Tenía que portarme bien. Posé los labios en la mejilla que tantas veces había besado antes y me sorprendió no encontrarla suave y tibia como

la recordaba, sino rígida y fría. Fría. Aquel frío no podía compararse con nada. Ni siquiera con el hielo. Si acaso, era más como una piedra. Una lápida de piedra. Una marabunta de sentimientos se apoderó de mí: pena, miedo, vergüenza de sentir miedo ante un ser tan querido que de pronto parecía desconocido. Me puse a hipar y a llorar. A mi madre no le hizo gracia. Quería que, lo mismo que las infantas, no demostrase sentimiento alguno en público. Visiblemente molesta, me zarandó:

—¡Compórtate, hazme el favor!

Me sorbí los mocos. Nos quedamos una o dos horas junto al cadáver. Con el rosario en la mano, mi madre rezaba. Apenas disimulado por el olor de las flores, me llegaba el olor de la carne muerta. Por fin, volvimos a casa.

Aquella misma noche, empecé a tener pesadillas. En cuanto mi madre cerraba la puerta de mi habitación se me aparecía la tata Julie. No la tata viva a la que tanto había querido durante años, sino la otra, la desconocida. A veces, se me metía en la cama. Me llevaron a dormir con Thérèse, que no se lo tomó nada bien:

—Vas por ahí haciéndote la interesante, cuando en el fondo eres una niñaata.

No sé cómo habría terminado todo aquello si, una noche, mi madre no me hubiera sentado en su regazo y acariciado como solo ella sabía acariciar, mientras yo me ahogaba en un mar de lágrimas:

—¿Pero cómo iba a querer hacerte daño si te quería con locura? ¡Se ha convertido en tu ángel de la guarda!

Mi madre acababa de recordar que, al fin y al cabo, yo tan solo tenía nueve años.

THE BLUEST EYE

La Rue Alexandre Isaac, donde vivíamos, comenzaba por detrás de la Place de la Victoire, el corazón que marcaba el ritmo de la vida en La Pointe, y atravesaba un barrio de clase media alta. Nada que ver con el canal Vatable, todo chabolas y cuchitriles. Era una calle digna, donde vivían familias distinguidas, también algunas con patrimonios más modestos, todas con exquisitas maneras. Mis padres se habían mudado allí un par de meses antes de mi nacimiento, ya que la Rue Condé se les quedaba pequeña para tantos hijos que tenían y, sobre todo, para su nuevo estatus. Acababan de condecorar a mi padre con la Legión de Honor, no sé por qué razón, y mi madre, orgullosa, le había cosido un ribete rojo en todos los bolsillos de las chaquetas. Se partía de risa cuando mi padre contaba que las curiosas le preguntaban:

—Monsieur Boucolon, ¿qué significa esa cinta roja que lleva usted en la chaqueta?

Las casas de la Rue Alexandre Isaac eran de madera, cortadas por idéntico patrón. No obstante, se diferenciaban entre sí por sutiles detalles: el rojo más o menos vivo de los tejadillos de chapa, las fachadas que pedían una manita de pintura o el esplendor de las flores en los balcones. Los Driscoll, una familia con doce hijos, ocupaban una casa que hacía esquina, muy amplia, pero bastante descuidada, la fachada con desconchones, el balcón sin hibiscos ni buganvillas. Cuando mis padres y los Driscoll se encontraban, se saludaban educadamente. Pero no se relacionaban. En su fuero interno, mis padres se consideraban muy por encima. Monsieur y madame Driscoll eran funcionarios de oficina, gente gris, que ni siquiera tenían coche. Se comentaba además que eran un poco especialitos, muy suyos. Y, encima, eran mulatos. En aquella época, en Guadalupe, la gente no se mezclaba. Los

negros se quedaban con los negros. Los mulatos con los mulatos. Los blancos no salían de su círculo blanco y santas pascuas. Por suerte, todos esos líos de los adultos, a los niños, nos importaban bastante poco. Nos llevábamos bien con los hijos de los Driscoll, aunque fueran mulatos, y Gilbert pudo haber sido mi primer novio.

Era un jovencito más bien escuchimizado, rizado como los chavales árabes, de actitud tímida, cosa que contrastaba con la bravuconería de sus hermanos.

Nunca le había escuchado hablar y me imaginaba que tendría voz de pajarillo silvestre. Nos conocíamos de vista, de la catequesis, de un retiro espiritual con otros sesenta niños por lo menos. Desde entonces, nos declarábamos nuestro amor tirándonos horas enteras en nuestros respectivos balcones, mirándonos con adoración. Los jueves por la mañana, pasábamos desapercibidos, pues nuestras familias se apretujaban en el balcón. La abuelita Driscoll, toda arrugada, se recostaba en una tumbona o mecía al bebé. Mis hermanas hacían punto de cruz. Los niños Driscoll recitaban la lección. Pero, después de comer, la cosa se complicaba. Todos se retiraban dentro para dormir la siesta y bajaban las persianas. El mercado de la esquina se quedaba desierto. Las tiendecitas echaban el cierre y el único que deambulaba por la calle era el loco Banjo, al que apodaban así porque tenía la tripa hinchada por una hernia. Mi madre, ya en camisón, tendida bajo la mosquitera, se impacientaba:

—¡Ven de una vez! ¿Qué haces ahí plantada al sol? ¡Ni que fueras un lagarto!

Ni caso. Gilbert, al otro lado, se ponía gafas de sol, se cubría la cabeza con un viejo sombrero de paja o abría una sombrilla. Yo no me atrevía, por miedo a levantar sospechas, y, con admirable estoicidad, allí me quedaba sudando la gota gorda y con la cabeza a punto de estallarme. Tras varios meses así, pidiendo a gritos una insolación, Gilbert se armó de valor. Más confiado que yo, que no le había dicho a nadie ni media, se sinceró con Julius, uno de los hermanos de Yvelise, su mejor amigo en el colegio. Recientemente, yo había estado toqueteándole el pito a Julius, maravillada de sentir cómo se ponía duro entre mis dedos. Sin pretensiones amorosas, quede claro. Mero juego, simple iniciación al cuerpo. Saltándose todas las reglas, una tarde, Julius se las arregló para traerme un sobre. Contenía una foto que

me dejó boquiabierta. Al primer vistazo, parecía la foto de un perro. Un pastor alemán sentado sobre los cuartos traseros, enorme, con la boca abierta y la lengua fuera. Después, reparé en Gilbert, en la esquina izquierda, sin camiseta, diminuto como un domador al lado de un elefante. La foto sería de hacía dos o tres años, Gilbert no tendría más de seis. El flequillo le tapaba media cara, sonreía sin dientes. Por detrás, la foto traía escritas las dos palabras mágicas: «Te quiero». Sepulté mi tesoro al fondo del canastillo de mimbre donde guardaba mis cosas de la catequesis, el único lugar que mi madre no acostumbraba a registrar. Y empecé a mortificarme, pensando qué podría yo regalarle a cambio. En mi familia se estilaban las fotos de grupo: los ocho niños entre papá y mamá. O bien mis hermanos con papá. O bien mis hermanas y yo rodeando a mamá. No tenía ningún retrato sola. Aunque fuera con un perro. ¿Qué tal si le regalaba un pañuelito bordado por mí? ¿Una caracola pintada a mano? ¿Un cinturón de esparto trenzado? No es que yo fuera precisamente hábil. Coleccionaba los suspensos en manualidades. Terminé decidiéndome por un pasador de nácar con el que mi madre solía adornarme el pelo.

Tras la declaración oficial y mi consentimiento, Gilbert me hizo llegar una carta a través del mismo mensajero. Nada que objetar, en apariencia. Venía escrita en un precioso papel azul. Sin manchurroneos. Sin renglones torcidos. De estar en un cuadernillo escolar, incluso la maestra más dura del mundo habría sentenciado: «Caligrafía excelente». Me dispuse a leerla. El corazón amenazaba con salirse del pecho. Las primeras líneas bastaron para echarle el freno: «Maryse de mi alma y de mi corazón, cuando miro tus hermosos ojos azules...».

Lo habría leído mal. ¿Ojos azules? ¿Yo? Fui corriendo al cuarto de baño y me miré en el espejo. No cabía duda: tenía los ojos de color castaño. Castaño oscuro. Casi negro. Volví a mi habitación y me senté en la cama. No sabía qué pensar. Era como leer una carta dirigida a otra persona. Me pasé la cena de morros y tan sospechosamente callada que todos se preocuparon:

—Ay, Dios, que esta niña va a tener fiebre.

Subí de vuelta a mi cuarto y releí la carta. Nada había cambiado: «Maryse de mi alma y de mi corazón, cuando miro tus hermosos ojos azules...».

Cosa rara, preferí no contárselo a Sandrino, porque estaba claro que se moriría de risa y se sacaría de la manga alguna explicación rebuscada de las

suyas. ¿Qué había ocurrido? ¿Gilbert no me había visto bien? ¿Se estaría burlando de mí? ¿Me estaría gastando una broma pesada? Mi enfado fue en aumento, hasta estallar. Cuando Julius se presentó en busca de mi respuesta, le hice entrega de una dramática nota, copiada de la revista favorita de una de mis hermanas: «Gilbert, lo nuestro se acabó».

En absoluto me di cuenta de que estaba cometiendo el mismo error fatal que Gilbert: copiar. Copiar pésimas lecturas. Antes de aventurarse en el desconocido terreno de la correspondencia amorosa, Gilbert había buscado algunos modelos. Con tan mala suerte que nuestros modelos eran noveluchas francesas de tres al cuarto. En los días que siguieron, por miedo a verlo, ni me asomé al balcón y me quedé encerrada en casa. Gilbert no se resignó. Me asaltó una tarde, en la acera frente a la casa de Yvelise. Venía escoltado por su *alter ego*, por si acaso. Nunca habíamos estado tan cerca. Se había peinado, rociado con Varón Dandy. Me fijé en la melancolía de sus grandes ojos pardos. Murmuró apesadumbrado:

—¿Pero qué te he hecho yo?

Su voz no sonaba sutil como la imaginaba. No le pegaba. Tenía un vozarrón. Una voz casi de adulto. El recuerdo de su voz me ha perseguido siempre. No supe qué responderle. Me metí corriendo en casa de Yvelise y lloré largo y tendido sobre el hombro de mi amiga mientras le contaba la triste historia.

PARAÍSO PERDIDO

Cuando cumplí nueve o diez años, mi madre me apuntó a las «exploradoras», la rama femenina de los *Boy Scouts*. Le parecía, con razón, que necesitaba hacer más ejercicio. Vaga. La última en gimnasia. A decir verdad, el único deporte que practicaba consistía en arrastrarme cuatro veces al día de casa al instituto Michelet y, tras las clases, sentarme en un banco de la Place de la Victoire con Yvelise a atiborrarnos de pistachos garrapiñados. Aparte de eso, me pasaba la mayoría del tiempo en mi habitación, con las persianas bajadas, acurrucada entre las sábanas, leyendo algunas veces, soñando despierta las más. Me imaginaba historietas inverosímiles que le soltaba a todo aquel que tuviera la santa paciencia de escucharme. Me inventaba auténticos culebrones cuyos protagonistas, a menudo los mismos, andaban siempre viviendo aventuras extraordinarias. Aseguraba, por ejemplo, que todos los días me encontraba con un hombre y una mujer, monsieur Guiab y madame Guiablesse. Vestidos de negro de pies a cabeza, llevaban en la mano un «candelabro mágico de dos brazos» y, acercándoselo al rostro, me contaban con detalle sus siete vidas pasadas. Primero bueyes de carga en la sabana, después palomas mensajeras revoloteando por los bosques, después... ¡Ni me acuerdo! Mi mitomanía traía a mi madre de cabeza. Las manos juntas sobre el catecismo, me obligaba a implorar el perdón de mi ángel de la guarda y a jurar con todas mis fuerzas, arrepentida, que no volvería a alejarme del rebaño. Si no cumplía mis promesas, es porque solo era feliz del todo soñando con los ojos abiertos. A pesar de mi juventud, la vida me pesaba. Ordenada en exceso. Sin florituras ni fantasía. Como ya he dicho, no teníamos parientes ni allegados. Nadie venía a casa. Las visitas de las amigas de mi madre no bastaban para romper con la monotonía de mi existencia. Siempre venían las mismas, empolvadas, repeinadas, enjoyadas: madame

Boricot, madame Revert, madame Asdrubal. Pocas gozaban de la aprobación de mi madre. Esta se reía por todo. Esa contaba chistes verdes en presencia de los niños. Aquella gustaba demasiado de hacer dudosos juegos de palabras. Ni una sola fiesta familiar, o sobremesa sin prisa, o velada con amigos. Ni una sola recepción, o baile, o un poco de música. Por añadidura, en mi interior comenzaba a brotar este sentimiento de vacío que, desde entonces, apenas me ha abandonado y que trato de disimular bajo el disfraz de la hiperactividad.

Únicamente me sentía bien en mi imaginario universo fantástico.

A mi madre no le salió bien la jugada. Empecé a odiar a las exploradoras. Lo primero, el uniforme: azul oscuro, mal cortado, corbata, boina de paleta. Luego, estaban las salidas semanales. Cada sábado, después de comer, Adélia me preparaba un cestillo con una cantimplora de refresco de anís, un bollo de leche, unas onzas de chocolate y algunos pedazos de bizcocho marmoleado. En compañía de otras veinte niñas, bajo las órdenes de cuatro monitoras, nos dirigíamos a la colina del hospital. Para llegar, teníamos que caminar bajo el sol, sudando, en fila de a dos, durante una media hora larga. Una vez allí, ni siquiera nos dejaban respirar un poco de aire fresco y recostarnos a la sombra de los tamarindos. Enseguida nos ponían a correr, saltar, buscar tesoros, cantar a voz en grito. La antipatía que sentía por el resto de exploradoras era mutua, pero adoraba a las monitoras. A una en especial: Nisida Léro, siempre cariñosa, niña de familia bien, con el corazón aún más generoso que el escote. No sé qué habrá sido de ella, pero ojalá sea inmensamente feliz y haya tenido los tropecientos hijos que deseaba por aquel entonces. Yo era su ojito derecho. Me sentaba en su regazo y me hacía carantoñas. La recuerdo como a una mulata castaña, ligero bigote, nariz aguileña. Me encantaba trenzarle aquella espesa mata de pelo suya, siempre a punto de caerme encima de ella. Sigo convencida de que, al igual que yo, detestaba hacer gimnasia, saltar con pértiga, saltar sin pértiga, todos aquellos ejercicios que nos mandaba hacer con tanto entusiasmo. Sencillamente, mataba el tiempo mientras esperaba encontrar por fin un marido.

A veces, en vacaciones, nos íbamos de acampada. ¡A la vuelta de la esquina! Nunca más allá de Petit-Bourg. A Bergette, Juston, Carrère, Montebello. En el camping no había manera de soñar despierta, una vez levantadas y vestidas, teníamos prohibido entrar en las tiendas de campaña.

Todo el día danzando. Currando sin parar. Escoba en mano: a barrer se ha dicho. Pilas de bandejas y cubiertos sucios: a fregar los platos. Las ortigas nos destrozaban las piernas: alguien tiene que limpiar el bosque. Por la noche, nos sentábamos en torno a la hoguera para escuchar cuentos aburridísimos y el humo hacía que nos picaran los ojos y la garganta. Al apagarse el fuego, los mosquitos nos comían vivas. Todas las noches me dormía llorando. En aquella época, en Guadalupe, no había teléfonos. No podía llamar a mi madre para contarle mis penas y suplicarle que viniera a por mí. Cuando aquellas excursiones interminables (¿cuántos años duraban?) tocaban a su fin, volvía a casa más delgada, aturdida y, por un tiempo, no había manera de separarme de mi madre.

—Déjame un ratito en paz, cansina —protestaba, mientras yo me la comía a besos.

Mi peor recuerdo es una excursión a Barbotteau, al nacimiento del río Lézarde. Un cielo oscuro como boca de lobo y el diluvio universal. Como no pudimos plantar las tiendas en aquellos prados convertidos en barrizales, nos metieron en un edificio que daba pena, húmedo, ruinoso. ¿Una antigua escuela? Jugábamos a la rayuela allí encerradas. Bebíamos zumos de caña y cantábamos canciones absurdas:

El gallo ya no canta quiquiriquí quiquiriquí.

Tras aquel infierno, amaneció por fin el día del regreso, cargado de funestos presagios que, completamente ciega, no supe descifrar. El autocar de alquiler nos dejó tiradas nada más montar. Tuvimos que empujarlo Lézarde abajo con aquella lluvia torrencial. A la altura de Arnouville, un gallo cruzó aleteando la carretera resbaladiza y lo hicimos papilla. Más sospechoso aún, el puente móvil de la Gabarre estaba abierto y nos tocó esperar y esperar nuestro turno en el arcén. Resumiendo, cuando llegamos a La Pointe, ya casi se había hecho de noche. El punto de encuentro siempre era el mismo: enfrente de la casa de nuestra monitora Nisida. Vivía en un barrio más residencial que el nuestro, al otro lado de la Place de la Victoire, que nos servía a todas para orientarnos, como la Quinta Avenida. Allí las mamás o las criadas, en función del estatus de cada familia, recuperaban a sus respectivas exploradoras. Las demás niñas volvían al redil sacando pecho, todo orgullosas, contando mil detalles de la aventura. Yo siempre volvía con la

cabeza gacha y, cosa rara en mí, nunca tenía nada que contar.

Aquella noche, estuve esperando más de una hora: nadie vino a buscarme. Así que mademoiselle Nisida me cogió de la mano y, acompañadas por sus hermanos, nos dirigimos a la Rue Alexandre Isaac.

Al pasar frente a la catedral Saint-Pierre-et-Saint-Paul, gigantesca entre las sombras, una bandada de murciélagos, mal augurio, se elevó del campanario y sobrevoló nuestras cabezas. Apenas iluminada por los quinqués de las vendedoras, la Place de la Victoire bullía de nocturnidad y alevosía. Caminaba con el corazón en un puño. Mi intuición me decía que algo terrible estaba a punto de suceder. Llegamos a la esquina de la Rue Condé.

La casa de mis padres estaba sumida en la oscuridad. Puertas y ventanas cerradas a cal y canto. Ni rastro de mi familia. Una vecina, madame Linsseuil, maruja de guardia, nos informó desde el balcón de que mis padres se habían ido a pasar unos días a nuestra segunda residencia en Sarcelles. ¿Cuándo volverían? Ni idea. Al escuchar aquello, empecé a sollozar de tal modo que más vecinos se asomaron, me reconocieron, se pusieron a comentar lo mimada que estaba. ¡Menuda educación me estaban dando! En qué andarían pensando mis padres. Mademoiselle Nisida hizo caso omiso de las malas lenguas y me besuqueó hasta conseguir calmarme. Volvimos a su casa. Caminaba como los zombis,¹⁷ lamentándome de tener que pasar otra noche más lejos de mi madre.

Dos criadas aleteaban en torno a la mesa y la familia Léro, que se disponía a cenar. Una familia de alta alcurnia y, sin embargo, alegre. El padre era un viejo mulato enjuto, pero bromista. La madre, como su hija, de generosas formas. Los hijos ruidosos. La abuelita se cubría con una mantilla las nieves del cabello. La tía Cécé, un poquito pija. Dos primos del pueblo. Una prima. Me hicieron un hueco al lado de mademoiselle Nisida y me trataron con todos los honores. Si mis padres no estaban de vuelta al día siguiente, su chófer, me prometió monsieur Léro, me llevaría a Sarcelles. Pasarás la noche conmigo en mi habitación, me sonrió mademoiselle Nisida. Pero qué pendientes tan bonitos que llevas, me dijo madame Léro, cariñosa. Me costaba prestarles atención. Para no parecer maleducada, trataba de corresponder a tanta amabilidad aguantándome los sollozos y las lágrimas. Pero sentía un nudo en la garganta, no podía probar bocado. Nada de nada. No podía ni tocar el plato. Ni el pescado a la parrilla. Ni las guatilas

gratinadas. Ni la ensalada de berros. De postre, una sirvienta me puso delante un bol de mousse de chocolate.

Me encantaba la mousse de chocolate.

A pesar de la tristeza, los ojos se me secaron al instante. Tuve mis dudas, me avergonzaba infinitamente ceder a la glotonería en un momento así. Al final, me lancé. Me disponía, fingiendo indiferencia, a empuñar la cucharilla cuando, veloz, la otra sirvienta me arrebató la mousse y desapareció en las profundidades de la cocina. Me quedé muerta.

¿Por qué, más de medio siglo después, la imagen de aquel bol azul con rebordes dorados, hasta arriba de aquella untuosa delicia, me viene una y otra vez a la mente, símbolo de todo lo que quise y nunca conseguí?

¡FELIZ CUMPLEAÑOS, MAMÁ!

Mi madre cumplía años el 28 de abril, fecha que jamás podré olvidar. La celebración de su cumpleaños, cada año, obedecía a una estricta planificación, lo mismo que una misa. En el colegio de Dubouchage, donde llevaba dando clases veinte años, sus alumnas favoritas, porque alguna tenía, cantaban sus alabanzas y le regalaban un ramo de rosas, sus flores preferidas, en nombre de toda la clase. En casa, a la hora de comer, mi padre también le regalaba algo, normalmente un collar o una pulsera que iría de cabeza a su abultado joyero. A las cuatro de la tarde, sacábamos al patio la vieja heladera. La fiel Adélia, que aguantaba carros y carretas por un sueldo miserable, les servía la merienda a mi madre y a sus amigas emperifolladas. Había rosas por todas partes. Después, hacían su aparición mis hermanos y hermanas, disfrazados y maquillados, y representaban un sainete escrito por ellos mismos que llevaban tiempo ensayando en secreto. Para terminar, mi padre descorchaba un par de botellas de champán que habían estado enfriándose desde la víspera. Durante años, me conformé con dar el pelmazo y ejercer de moscardón. Me empeñaba en rebañar con la lengua el molde de la tarta, darle vueltas a la manivela de la heladera. Me negaba a besar a las amigas de mi madre. Pero a ella la llenaba de besos babosos. Me tiraba la horchata encima. Me terminaba las copas de champán. Vamos, que, como bien decía mi hermana Thérèse, la única que me trataba con un poco de mano dura, «me hacía la interesante». A medida que fui creciendo, el papel de segundona empezó a saberme a poco. Con diez años, quise llamar la atención de mi madre, dejarla boquiabierta.

Llegado este punto, tal vez deba intentar esbozar un retrato de mi madre. No he sido capaz de acometer esta empresa hasta hace relativamente poco, pues mi madre nunca decía ni pío sobre sí misma. Como no tenía hermanos

ni hermanas, unos primos lejanos de Marigalante nos traían mandarinas en Año Nuevo,¹⁸ y, como la madre de mi madre cerró los ojos antes de que yo abriera los míos, me daba por pensar que esta última ya había nacido adulta y siendo madre de familia numerosa.

Se llamaba Jeanne Quidal. La recuerdo como una mujer muy hermosa. Piel del color de los nísperos maduros, luminosa sonrisa. Alta, espigada. Siempre vestía con gusto, menos cuando se ponía medias demasiado claras. No caía demasiado bien en La Pointe, a pesar de su bondad infinita: mantenía a decenas de pobres, que venían a casa en busca de beneficencia cada domingo. Tenía fama de personaje legendario. Circulaban comentarios y rumores sobre su mal genio, invariablemente crueles. La gente exageraba. Se contaba que le había partido la sombrilla en la cabeza a un policía, culpable de haberle faltado al respeto, en su opinión. Es que tenía tanto orgullo como carácter. Era hija de una bastarda analfabeta que había abandonado La Treille para servir en La Pointe. La yaya Élodie. Una foto sobre el piano de cola mostraba a una mulata con la cabeza cubierta, frágil, víctima de toda una vida de exclusión y de cabeza gacha: «Sí, señor. Sí, señora». Mi madre, pues, creció soportando las humillaciones de los señoritos, entre las cacerolas de las cocinas burguesas. Parecía llamada a convertirse en cocinera como su madre y a quedarse preñada de cualquiera. Pero, ya en la escuela primaria, comenzó a sobresalir por su inteligencia excepcional. A base de becas y matrículas de honor, llegó a ser una de las primeras maestras negras. Se convirtió en un buen partido y pronto le crecieron los pretendientes. Habría podido casarse de blanco por la Iglesia, como Dios manda. Sin embargo, no dio enseguida su brazo a torcer, a sabiendas de que muchos de sus admiradores en realidad solo le admiraban el sueldo de docente funcionaria. Con veintitrés años, conoció a mi padre. Él tenía cuarenta y tres y el cabello prematuramente canoso. Acababa de quedarse viudo de su primera esposa y tenía que hacerse cargo él solo de dos críos, Albert y Serge. De todos modos, mi madre le dijo que sí. Tal vez me equivoco, pero sospecho que el amor no tuvo mucho que ver en la decisión. A Jeanne no podía gustarle aquel viudo con cargas familiares, artrítico y medio cegato, con aquellas gafotas de pasta. Pero el cuarentón en cuestión era ambicioso, le prometía una vida acomodada, tenía una buena casa en la Rue Condé y poseía un Citroën de cuatro caballos. Había dimitido como maestro para lanzarse al mundo

empresarial. Junto con un grupo de emprendedores como él, había fundado la Caja Cooperativa de Préstamos, el futuro Banco Antillano, pensada para los funcionarios. Al parecer, el matrimonio de mis padres vivió los habituales altibajos. Tuvieron ocho hijos. Cuatro niños. Cuatro niñas. Perdieron dos bebés recién nacidos, algo que mi madre nunca superó. No les faltó dinero y viajaron lejos. Hasta Italia. Mi padre fue un marido fiel. Ningún hermanastro, ninguna hermanastra vino nunca a casa pidiendo dinero para el colegio. Sin embargo, no puedo sacarme de la cabeza la idea de que mi padre no era digno de mi madre. Por más que la llamara sin cesar «tesoro», no era capaz de entenderla y, lo más grave, le tenía miedo. Sandrino no se mordía la lengua. En su opinión, mi madre era una mujer insatisfecha y frustrada.

—¿Qué quieres? —repetía—. Si se casó por dinero con un vejestorio. Apuesto a que no hacen el amor como Dios manda desde hace años. Tú fuiste un accidente.

Bajo su apariencia aguerrida, supongo que a mi madre le daba miedo la vida, caballo indomable que tantas veces derribara a su madre y su abuela. A Élodie la había violado un desconocido, quince años antes un capataz de la zona había violado a su madre. A las dos las abandonaron con el bombo y solo dos ojitos para llorar todo el llanto del mundo. Élodie jamás tuvo nada suyo. Ni siquiera una chabola. Ni siquiera un vestido de domingo. Ni siquiera una tumba. Su última morada fue el panteón familiar de sus últimos dueños. De ahí que mi madre temiera tanto tropezarse con las mismas piedras. Y, sobre todo, que la tomaran por una persona ordinaria, que no se valorase todo lo que había conseguido ella solita. A mis hermanas las tenía aterrorizadas. Solo Sandrino y yo le plantábamos cara. De cría, algunas de sus frases lapidarias me sacaban de mis casillas. En especial aquella que me repetía cada dos por tres, en vista de mi costumbre de buscar la compañía de Adélia:

—No llegarás a nada en esta vida. Las chicas inteligentes no se pasan el día metidas en la cocina.

Hoy me parece que aquella era su particular manera de lamentarse por la distancia que, con el paso del tiempo, se había ido instalando entre su pobre madre y ella. En La Pointe se decía que le había roto sin piedad el corazón a Élodie. Que no le dejaba tocar a los nietos, no fuera a pegarles algo. Que, como le daba vergüenza su *madras*, la obligaba a llevar sombreros que le dejaban al descubierto las calvas de las sienes; que, como le daba vergüenza

que hablara en criollo, le tenía prohibido decir nada; que, como le daba vergüenza su actitud servil, la escondía de las visitas.

En fin, que a los diez años, envalentonada por mis buenas notas en Francés, pedí permiso para recitarle a mi madre en su cumpleaños, a modo de regalo, un texto mío. Me dejaron, porque me lo permitían todo. No le pedí ayuda a nadie. Ni siquiera a Sandrino, que detestaba aquellas celebraciones y nunca actuaba en los sainetes de mis hermanos. No tenía yo muy claro lo que quería escribirle. Solo sabía que un ser como mi madre bien merecía un escriba. Que debía aplicarme para representar lo mejor posible tan compleja personalidad. Tras mucho darle vueltas, me decanté por una composición a medio camino entre el poema en verso libre y la obra de teatro. Solo tendría un personaje. Un personaje que se metamorfosearía para expresar las diferentes facetas del carácter de mi madre. Generosa, dispuesta a dar limosna a los pobres y, al mismo tiempo, capaz de racanearle a Adélia un aumento de dos francos. Sensible hasta el punto de llorar a mares por las desgracias de un desconocido. Arrogante. Colérica. Sobre todo, colérica. Consciente del poder asesino de sus palabras e incapaz de pedir perdón. Durante semanas, trabajé en aquel texto como una loca, dejando de lado los deberes del colegio. Me despertaba por la noche y escribía a la luz de la luna llena como un queso al otro lado de mi ventana. Me levantaba a las cuatro de la madrugada, con cuidado de no llamar la atención de mi madre, ya vestida en la habitación contigua. Pues todos los santos días, sin joya alguna, austera como un crucifijo, acudía mi madre a maitines. Comulgaba diariamente y, de regreso a la bancada, se quedaba de rodillas hasta el *Ite missa est*, murmurando exaltadas oraciones. ¿Qué le estaría pidiendo a Nuestro Señor?

Tras varias semanas de mal tiempo, salió el sol el día del cumpleaños. Desde primera hora, el destino se puso a enviarme señales para advertirme de que la cosa estaba llamada a torcerse. Por desgracia, era yo una niña cegata y cabezona. En Dubouchage, las alumnas favoritas se quedaron en blanco en pleno homenaje y parecían tontas, ahí pasmadas, papando moscas, les lanzó mi madre. A la hora de comer, mi padre se presentó con un broche que no entusiasmó demasiado a la destinataria y, peor aún, la pinchó al tratar de prendérselo en el cuello de la blusa. Adélia se tropezó en la cocina e hizo añicos todas las copas de champán. El sainete, a pesar del empeño de los apuntadores, resultó un desastre. Los escasos aplausos forzados de mi madre

dejaron claro su disgusto. Solo mi creación podía reparar el honor perdido de la familia.

Aquel texto, claro está, se extravió y no recuerdo el contenido exacto. Me acuerdo de que estaba trufado de referencias mitológicas, porque en el colegio estábamos dando «Oriente y Grecia». En su primera metamorfosis, mi madre se convertía en una de las hermanas Gorgonas, un nido de serpientes venenosas a modo de corona. En la segunda, se convertía en Leda, cuya serena belleza seducía al padre de los dioses. En cuanto empecé a hablar, mi padre, mis hermanas, las amigas de mi madre e incluso Sandrino esbozaron sucesivas muecas de sorpresa, asombro, incredulidad. Pero el hermoso rostro de mi madre permaneció impasible. Sentada muy recta en el sillón, adoptó una postura habitual en ella: el mentón apoyado en la mano izquierda. Tenía los ojos entrecerrados en un gesto como de concentración para escucharme mejor.

Ataviada con una túnica azul cielo, me tiré tres cuartos de hora largos dando saltitos y haciendo aspavientos frente a ella.

De golpe, me miró fijamente. Tenía los ojos recubiertos de un velo brillante. En cuestión de segundos, se le desbordaron y abundantes lagrimones comenzaron a surcarle las empolvadas mejillas.

—¿Así es como me ves? —me preguntó, sin enfadarse.

Después se levantó, atravesó el salón y subió a su habitación. Nunca antes había visto llorar a mi madre. Ni siquiera cuando se rompió el brazo al caerse por la escalera. Me embriagó entonces un sentimiento cercano al orgullo. Yo, a mis años, la más pequeña de la casa, había conseguido amansar a la fiera con la música de mis palabras. Domesticar al monstruo. Luego me invadió la desesperación. ¿Qué había hecho, Dios mío? Tropezar de nuevo con la misma piedra. El incidente con Yvelise no me había bastado para aprender la lección. Que no hay que decir la verdad. Nunca. Nunca. No a los seres queridos. Hay que retratarlos siempre con los colores más luminosos. Sacarlos favorecidos. Hacerles creer que son lo que no son. Salí corriendo del salón, subí los escalones de cuatro en cuatro. Pero la puerta del dormitorio de mi madre estaba cerrada. Por más que sollocé, que llamé a golpes y patadas, la puerta no se abrió.

Me tiré la noche entera llorando.

Al día siguiente, mi madre hizo como si nada. Me peinó tan

amorosamente como de costumbre y me ató las trenzas con lacitos rosas. Me lustró las piernas con unas gotas de aceite de argán. Me preguntó la lección. Cuando, llorando como una Magdalena, me colgué de su cuello explicándole que no era mi intención hacerle daño y suplicando su perdón, mi madre me interrogó, glacial:

—¿Perdón? ¿Perdón por qué? Dijiste lo que pensabas.

Era evidente que no podía estar más dolida.

LA MUJER MÁS HERMOSA DEL MUNDO

En la catedral de Saint-Pierre-et-Saint-Paul, nuestro banco llevaba el número 32 del pasillo central. De niña, habría podido dirigirme con los ojos cerrados hasta aquel refugio, esquivar al sacristán, que me asustaba muchísimo cuando golpeaba en el suelo con la alabarda, guiarme tan solo por el fluir de la música del órgano y los olores de las flores de lis y los nardos que decoraban el altar mayor. El banco era estrecho. De madera brillante, como recién barnizada. El respaldo, muy alto. Habría tenido que arrodillarme en el asiento, lo que me estaba prohibido, para poder llegar a entrever lo que pasaba al fondo.

Mi padre, que tenía inclinaciones francmasonas, nunca nos acompañaba a la catedral. Se quedaba en casa, en mangas de camisa, y aprovechaba para recibir a los amigos, infieles como él, suspiraba mi madre. Se animaba a fumarse un par de puros y, de cuando en cuando, hasta se tomaba uno o dos chupitos. Desde casa hasta la catedral, apenas si habría un par de minutos a pie en línea recta. Bastaba con atravesar la Place de la Victoire. Pero mi madre se paraba cada dos por tres a saludar, a entablar conversación con algún conocido, y nos tocaba esperarla. De todas formas, yo no podía alejarme, solazarme, escabullirme ni un pelo, porque no me soltaba la mano en ningún momento. Sandrino siempre se quedaba rezagado, poniendo cara de cordero degollado, pues se definía como ateo. Subíamos con orden y concierto la escalinata, entrábamos de dos en dos al interior de la iglesia, mi madre y yo abriendo camino. Al llegar a nuestro banco, teníamos que persignarnos y, como una autómatas, yo trataba de imitar el gesto solemne de mi madre. Luego, nos arrodillábamos sobre el cortante filo del reclinatorio.

Nos sujetábamos la cabeza con las manos durante unos minutos, siempre imitando a mi madre. Después de todo esto, nos sentábamos. En la catedral, clara como de cristal, se escuchaban tan solo las toses disimuladas y los llantos de los niños. Por fin, el órgano alzaba la voz y hacía su aparición el cura, rodeado de una cohorte de monaguillos con vestidos rojos, balanceando a toda velocidad el incensario. Me parece que, uno detrás de otro, todos mis hermanos habían ejercido de monaguillos, salvo Sandrino, quien se había negado en rotundo. Dios y la Iglesia eran los únicos temas en los que mis padres no estaban de acuerdo. Sin embargo, tampoco discutían. A mi padre le parecía natural que las mujeres de bien fueran creyentes y, a mi madre, inevitable que los hombres no lo fueran.

A pesar de mi excesiva coquetería y lo que me encantaba la ropa de los domingos, no me gustaba ir a la iglesia. Tenías que ponerte un sombrero que te arrancaba los pelos, zapatos de charol que te apretaban, leotardos de algodón que daban calor y, sobre todo, estar callada durante más de una hora, lo cual era una tortura para mí, que no me callaba ni debajo del agua. Con frecuencia, enfurruñada, cerraba los ojos y me echaba una cabezadita con el evangelio de fondo. Pero a mi madre no le sentaba muy bien y me meneaba como a un pelele. Ella, que, según mis hermanas, me lo consentía todo, se mostraba inflexible conmigo en lo tocante a la iglesia. Insistía en mantenerme despierta hasta la frase liberadora del *Ite missa est*. Para luchar contra la somnolencia, me ponía a canturrear mentalmente. A veces, ay, sin querer me despistaba. Canturreaba en voz alta y me ganaba una colleja sin piedad. Repasaba, por enésima vez, las estatuas de escayola en los altarcillos: san Antonio y su calva. El Niño Jesús sentado a horcajadas sobre un misal. Santa Teresa de Lisieux, con la corona de capullos de rosa, mirando en éxtasis al cielo. San Miguel Arcángel en sandalias —¡menuda imprudencia!—, dispuesto a pisotear a la serpiente. Miraba las vidrieras iluminadas por el sol. Nada nuevo tampoco por allí. Amarillo, rojo, azul. Trataba de identificar los rostros de los conocidos de mis padres entre la multitud. Algunos estaban cerca, solemnes y endomingados como debía ser. El doctor Mélas, que acababa de curarme una otitis. Monsieur Vitalise, que tenía en la farmacia un montón de sapos encerrados en frascos. A medida que crecía, fui dándome cuenta de las pocas caras negras o simplemente morenas que había en la nave central, bajo aquella cúpula igual a una barcaza del revés. Llamaban mucho la

atención, como si se hubieran caído por error en el tazón de leche de la cancioncilla infantil que los niños cantábamos sin percatarnos de la ironía:

*Una negra estaba bebiendo leche:
—¡Ay! —se dijo—. ¡Si mojándome la cara
en un tazón de leche
me volviera yo más blanca
que todos los franceses!
¡Ay, ay, ayyy!*

Blancos a diestro y siniestro. Blancos en el banco delante de nosotros, en el banco detrás de nosotros. Venidos de todos los rincones de La Pointe. Hombres, mujeres, niños. Viejos, jóvenes, bebés de teta. Nunca había visto tantos blancos juntos como en la misa de doce. Se diría que la catedral les pertenecía. Que Dios era blanco.

Yo no albergaba ningún sentimiento de agresividad hacia los blancos, a pesar del episodio con Anne-Marie de Surville, del que para entonces, bendita desmemoria, ni me acordaba. Como ya se ha visto, mis padres no me sacaban el tema, al igual que tampoco me contaban historias de zombis o de *soukougans*.¹⁹ A mis compañeras blancas, más allá de la escuela, ni me planteaba llegar a tratarlas. Si acaso nuestros caminos se cruzaban, ya se las apañaban nuestras miradas para no cruzarse. Un domingo, no sé por qué, me dio por ponerme a observar a los blancos que nos rodeaban con curiosidad.

Sabía que en criollo se los apodaba «zorey».²⁰ Y es verdad que los hombres y los chavales exhibían unas llamativas orejas con lóbulos rojos, despegados. Las mujeres trataban de disimularlos tras sus melenas onduladas; las niñas, con tirabuzones y lazos. De todos modos, los orejones les asomaban, cómicos o amenazadores, a uno y otro lado del tocado. Los miré y remiré, escruté por orden aquellos rostros cortados por el mismo patrón de amarillenta palidez, me tropecé con el montículo imperioso de las narices, me detuve en aquellos labios como dibujados a cuchillo. Y así fue cómo, en el curso de mi burlona exploración, me encontré con una mujer, muy joven, una visera de paja oscura sobre los cabellos en desorden, la frente medio cubierta por un velo, mejillas de melocotón, labios cual pétalos de rosa. Vestía un conjunto de lino beige con un broche prendido en la solapa. Yo jamás había

visto nada tan perfecto. No pude dejar de observarla durante el resto de la misa. Por un instante, sus ojos y los míos se encontraron y, dejándome malherida, se desviaron enseguida, manifiestamente indiferentes. No se fijó en mí. Tras el *Ite missa est*, se levantó del banco, se arrodilló piadosamente, se persignó y se colgó del brazo de un hombre. Al domingo siguiente, desde mi puesto de observación, la vi llegar rodeada de los suyos, sin descolgarse del brazo del marido, también muy joven, bigotudo, pinta normalucha, indigno a todas luces de poseer semejante tesoro. Esta vez, vestía toda de encaje blanco, había cambiado la visera por una pamelita de ala ancha, el broche por un collar de perlas de considerable grosor. Con lo que me pareció una gracia inimitable, se acomodó en la bancada número 29. Igual que un detective, tomé nota del número. La curiosidad me devoraba. Una vez en casa, le pregunté a mi madre quién era aquella familia blanca de la bancada 29, cerca de la nuestra. Mi madre y sus mejores amigas, bien lo sabía, eran especialistas en genealogía. Se sabían al dedillo las parentelas, las bodas, las alianzas, las separaciones. Buena parte de sus reuniones consistía en ponerse al día, hasta tal punto que bien podrían asesorar a cualquier notario en apuros por cuestiones de sucesiones o repartos de bienes. Me respondió de corrido:

—Es la familia Linsseuil. Menudo braguetazo, acaban de casar a Amélie con el hijo del dueño de la fábrica Grosse Montagne.

Se disponía a cambiar de tema cuando, al pensarlo mejor, mi pregunta la sorprendió. Se dio media vuelta para mirarme. ¿Qué me importaban a mí esas gentes?

—Es que —le respondí con arrobo y voz apasionada— Amélie me parece la persona más hermosa que he visto nunca.

Y añadí, haciendo caso omiso de la cara de mi madre:

—¡Representa mi ideal de belleza!

Silencio glacial. Se quedó de piedra. Mandó llamar a mi padre, que andaba riéndose en el salón; a mis hermanos y hermanas, que charlaban tan tranquilos en la ventana de la habitación. Les expuso mi crimen: ¿cómo era posible que una mujer blanca representara mi ideal de belleza? ¿Acaso no existían personas de mi color que merecieran tal distinción? ¡Podía haber elegido, por lo menos, a una mulata, una mestiza, alguna morena! Mi padre, que se guardaba bien de contradecir a mi madre, salió por una vez en mi defensa. ¿No estaríamos haciendo una montaña de un grano de arena? Yo era

una niña chica. Mi madre no aceptó atenuante alguno. Ya tenía yo edad de pensar con la cabeza. Sabía lo que me hacía. Siguió un discurso que bien podría considerarse el antecedente del *Black is beautiful*.²¹ Las mejillas me ardían. Me dio todavía más vergüenza al comprobar que Sandrino, mi aliado incondicional, parecía de acuerdo. Me retiré a mi habitación. De algún modo, intuía que mi madre tenía razón. Al mismo tiempo, no me sentía culpable. Yo no admiraba a Amélie porque fuera blanca. Pero la piel rosada, los ojos claros y el cabello color espuma constituían partes fundamentales del conjunto que yo tanto admiraba. Aquel asunto superaba mi entendimiento.

El domingo siguiente, de reojo, vi a Amélie arrodillarse y persignarse al llegar a su banco. No giré la cabeza en su dirección.

Entendí que su belleza me estaba prohibida.

PALABRAS PROHIBIDAS

Unas navidades, mi madre estuvo presentándose a cenar, noche tras noche, con los ojos llorosos, los párpados hinchados y enrojecidos. Adélia le llenaba el plato con devoción, pero mi madre ni lo tocaba y a toda velocidad corría a encerrarse a cal y canto en el cuarto, donde la escuchábamos gemir como una moribunda. Mi padre no se movía. Pero ponía cara de póquer y suspiraba profundamente entre una y otra cucharada de caldo. Tras la comida, Adélia preparaba una infusión de hierba de san Juan, de inconfundible olor especiado, y le hacía compañía a mi madre durante horas y horas.

Mientras la esperaba, me ponía a patalear de impaciencia. Sandrino y yo no podíamos cruzar la calle solos y asegurarnos un sitio en el patio de los Clavier. Desde primeros de diciembre, nos juntábamos con la gente del barrio y, alzando la vista hacia la bóveda celeste, berreábamos villancicos, a veces hasta la medianoche. Incluso la abuelita Driscoll se traía una banqueta y se sentaba en un rincón. Mis padres, que nunca se dejaban caer por aquellas asambleas, nos permitían aun así participar. Los villancicos eran la única concesión que hacían en cuestión de tradiciones populares. Porque, aunque el ritmo de aquellos cánticos era tan vulgar como el de las *biguines* y *mazurkas* criollas, aunque aporreábamos enloquecidos barreños y cacerolas, por lo menos las letras eran letras como Dios manda. En buen francés. En francés-francés. Aún soy capaz de cantar sin equivocarme «Michaud rezaba de noche en su cabaña», que sigue siendo mi villancico favorito. Y también «Vecino, ¿a qué viene tanto ruido?». «Alabado seas, Mesías, fuente de esperanza.» E incluso «Mi querido y fiel José».

Para mí, la causa del estado de mi madre era todo un misterio. No estaba enferma, ya que mi padre no le había pedido cita al doctor Mélas. No se había enfadado ni peleado con nadie, ningún vecino, ni compañera o desconocido

del colegio de Dubouchage, la calle, alguna tienda o el cine. ¿Qué podía tenerla así de afligida? Sandrino terminó chivándome que el marido de mi hermana Émilia la había dejado. Iban a divorciarse.

¿Divorciarse?

Yo no conocía demasiado a mi hermana Émilia. Desde hacía años, vivía en París, y solo la veía con ocasión de nuestras vacaciones en Francia. Nos llevábamos más de veinte años, no teníamos gran cosa que compartir. A mi padre, que rara vez expresaba sentimiento alguno, se le caía la baba al recordar a su primogénita, la niña de sus ojos. Enumeraba sus virtudes. Elogiaba su inteligencia, su encanto, su carácter afable, y todos aquellos piropos se le clavaban como dardos a Thérèse, a quien todos en la familia tildaban de cascarrabias y feúcha. Mi madre exhibía las fotografías de Émilia y afirmaba que era su vivo retrato. Se había casado con Joris Tertullien, hijo de un caballero muy conocido y muy rico de la isla de Marigalante. La foto de la pareja presidía el piano. Se habían casado en París, siendo estudiantes, en el anonimato, sin duda para evitar los fastos familiares. Yo sabía que se les había muerto un bebé. No me interesaban para nada. Mis padres estaban extremadamente orgullosos de su alianza con los Tertullien y se pavoneaban a la mínima ocasión. A sus ojos, la unión de Émilia y de Joris podía compararse con la unión de los herederos de dos altísimas dinastías nobles. Sospecho que, secretamente, mi madre la consideraba el símbolo de su venganza contra esa isla de la que su pobre madre huyó humillada y arruinada.

Poco después de la boda de Émilia y Joris, un 15 de agosto, día de fiesta patronal en Grand-Bourg, a Thérèse, a Sandrino y a mí nos mandaron de visita a casa de los Tertullien, para inaugurar las nuevas relaciones familiares. Fue mi primer viaje a Marigalante, mi odisea particular. Había marejada en el estrecho. En el *Delgrès*, que cubría el trayecto desde La Pointe, no cabía ni un alma. Ascendía hasta la cresta de las olas de varios metros, después volvía a bajar de sopetón. Los pasajeros vomitaban por todos los rincones del barco. Los más precavidos venían con reservas de bolsas de papel que lanzaban, a trompicones, por la borda. A menudo, les fallaba la puntería y el contenido de las bolsas se esparcía por la cubierta. La multitud, el movimiento, aquel pestazo. Me habría desmayado de no ser por Thérèse, que me metía todo el rato rodajas de limón en la boca. Después de tres horas y media de agonía, la

isla apareció sobre el agua. De las olas surgieron los blancos acantilados, sembrados de casitas trepadoras, como cabras montesas en las posiciones más insólitas. El mar se calmó como por arte de magia y el *Delgrès* se dirigió al muelle a echar amarras. Monsieur y madame Tertullien nos sorprendieron. Todo lo contrario a nuestros padres. Sencillos, sonrientes, afables. La esposa, que andaba arrastrando las sandalias, lucía un sombrero de paja atado con dos cuerditas bajo la barbilla. El esposo, gigantesco pero bonachón, me cayó bien enseguida, nada más tomarme en brazos y bautizarme como «la flor entre las flores». A pesar de su trato campechano, vivían en la mejor casa de Grand-Bourg, en la Place de l'Église, y, cada mañana, se les formaba una cola en la puerta: gente que venía a suplicarle favores a monsieur Tertullien. La semana que pasamos en Marigalante fue maravillosa. Los Tertullien, que solo habían tenido un hijo, me mimaron de lo lindo. Todas las mañanas, madame Tertullien me preguntaba con una reverencia qué me apetecía comer ese día, como si fuera yo una princesa de un cuento de hadas. Monsieur Tertullien me compró una muñeca que abría y cerraba los ojos. No estaba acostumbrada a tanta libertad y, cuando vi a mi madre toda emperifollada en el embarcadero de La Pointe, rompí a llorar desconsolada, como una prófuga que regresa a prisión. Se dio perfecta cuenta de lo que ocurría e hizo un comentario, melancólica, sobre el corazón ingrato de los niños. Desde entonces, los Tertullien nos mandaban cada poco, a través de compatriotas de su isla, canastos a rebosar de raíces, guisantes dulces o tubérculos y botellas de ron agrícola de 55 grados, que Adélia usaba para perfumar pasteles.

¿Divorciarse?

En mis oídos, aquella palabra sonaba obscena. Significaba que un hombre y una mujer que se habían besado en la boca, que habían dormido pegados bajo la misma mosquitera, se iban cada cual por su lado y se convertían en desconocidos. Desoyendo las recomendaciones de Sandrino, no pude morderme la lengua y compartí la información con Yvelise. Yvelise aportó datos complementarios. Según dijo, si las dos personas en cuestión tenían hijos, se los repartían como se reparten las gallinas. Las niñas se quedaban con la madre. Los niños se marchaban con el padre. Me indignó aquel juicio salomónico. Me opuse. ¿Y qué pasaba si un niño prefería quedarse con la madre, una niña marcharse con el padre? ¿Y si un hermano y una hermana no podían vivir el uno sin la otra? Yvelise no se retractó. Sabía de lo que

hablaba: su madre amenazaba a menudo con divorciarse de su padre.

Unos días después, mi madre regresó de la escuela fuera de sí. La escuchamos resoplar largo rato en su habitación. ¡Razón no le faltaba! A la hora del recreo, algunas compañeras, que se habían enterado de la desgracia de su hija, se habían acercado a decirle lo mucho que lo sentían. Ella hizo como si nada y las despidió airada. ¿De qué desgracia le estaban hablando? ¿Del inminente divorcio de su hija? ¡Pues vaya una desgracia! Joris Tertullien, al abandonar a Émilia, dejaba clara una vez más la irresponsabilidad de los machos antillanos.

Al día siguiente, acudieron las vecinas en tropel. Nada más volver mi madre de la escuela, ya estaban llamando a la puerta. No le quedó más remedio que recibirlas, sentada muy recta en el sofá esquinero del salón, hasta la hora de cenar. Las visitantes eran sobre todo madres que temían para sus hijas un destino similar al de Émilia, o que lo habían sufrido en sus propias carnes. Pero había también solteronas, segundos platos, esposas cornudas, esposas maltratadas, todo tipo de resentidas e indignadas dispuestas a poner a los hombres a caer de un burro. Mi madre no interpretó aquellas asambleas en clave de amistad. Al contrario, en su opinión, aquellas mujeres venían a espiar el dolor que le producía la mala suerte de su hija, a deleitarse, a regodearse. De modo que aquellas visitas, tarde tras tarde, la sumían en un estado de cólera y amargura.

Cuando las cosas empezaron a volver a su cauce y mi madre pudo ocuparse de otros asuntos, aparte de desempeñar el rol de digna anfitriona, surgió una pregunta. ¿De dónde venía el soplo? ¿Quién había filtrado aquella noticia que mis padres pretendían guardar en secreto el mayor tiempo posible? Las lágrimas me delataron. Confesé lastimosamente que se lo había contado a mi Yvelise del alma. Todo el mundo dedujo que Yvelise le había trasladado la noticia a Lise, quien la había juzgado demasiado jugosa como para guardársela para ella solita y la había compartido con las compañeras de Dubouchage. Desde allí, se había extendido por toda La Pointe. Debo decir, en honor a la verdad, que ni mi padre ni mi madre me tocaron un pelo. Ni me castigaron ni me pegaron. Sin embargo, me sentía más avergonzada y culpable que si mi padre me hubiera zurrado a correazo limpio como hacía con Sandrino. Mis padres me repitieron el cuento de siempre. Vivíamos constantemente asediados. Divorcio. Pobreza. Enfermedad. Ruina. Fracaso

escolar. Si, por lo que fuera, alguno de aquellos dramas nos tocaba, había que lavar los trapos sucios en casa porque, como ya había podido ver, nuestros enemigos, siempre ojo avizor, sacarían tajada de nuestra desdicha. De nuevo, la misma canción. ¿Pero cómo una niña tan inteligente no se daba cuenta? ¿Es que no podía poner un poco más de mi parte?

Jamás los escuché pronunciar una sola palabra de compasión hacia Émilia. Nunca supe lo que provocó el triste epílogo de su unión con Joris. En verdad, a nadie le importaba. Émilia tenía la culpa. El fracaso de su matrimonio con el heredero de los Tertullien les arrebató a mis padres una de sus medallas. Abría una grieta en la orgullosa muralla que, a su entender, rodeaba la fortaleza familiar. Por ello, Émilia no era digna de ninguna lástima.

EN PRIMERA FILA

Mi madre solo se relacionaba asiduamente con uno de sus primos de Marigalante. Veinte años mayor que ella, respondía al divino nombre de Séraphin. Era un grandullón taciturno y torpón, más de pueblo que las amapolas. El francés se le atragantaba, lo mezclaba con el criollo y confundía los artículos con los determinantes posesivos. Mi padre le cedía de buen grado su ropa vieja y, los domingos, cuando venía a comer a casa, se presentaba con zapatos remendados y camisas con el cuello y los puños ajados que nos resultaban familiares. Nunca se olvidaba de acudir con un ramo de rosas a los cumpleaños de mi madre, que consideraba pomposamente como su benefactora. Aquel buenazo les daba mucha risa a mis hermanos y hermanas porque en las comidas dominicales, cuando mi madre lo invitaba a repetir, siempre respondía sacudiendo educadamente la cabeza:

—¡Gracias, prima Jeanne, ya tengo el buche lleno!

A mí me caía bien. Supongo que me daba algo de pena. Mientras esperaba la comida, como nadie se molestaba en darle conversación, venía a refugiarse a mi habitación y traía los bolsillos llenos de regalos: flautas talladas en cañas de bambú, carretas en huesos de aguacate; en una ocasión, una pipa de la paz que parecía barnizada, esculpida en un hueso de uva china. Fue él, estoy segura, quien despertó esta pasión mía por Marigalante. Su padre era carpintero en Saint-Louis, y me describía cómo las olorosas virutas de madera fresca se le enrollaban a modo de pulseras en la muñeca. Me describía también la forma en que los cabritillos salvajes pirueteaban por los campos, las grutas con paredes vertiginosas iguales a las del infierno y, todo alrededor, el reino violeta del mar. Renuncié a hacerle preguntas sobre mi madre. No sabía nada. Cuando él, con diecisiete años, dejó las llanuras de su

isla, sus padres se armaron de valor. Le escribieron suplicantes a aquella prima lejana a la que nunca habían visto, pero de la que tanto habían oído hablar. Gracias a mi madre, Séraphin se convirtió en un empleado modélico, ascendiendo a buen ritmo en el seno de una oficina de correos, como a ella le gustaba recordar.

Año tras año, vimos crecer a Séraphin y él nos vio crecer a nosotros. Lo vimos emparejarse. Un domingo, nos trajo a su prometida Charlotte. No era de Marigalante, sino de Grands Fonds, en Grande-Terre. Le pegaba mucho, tan barriguda y culona como él, con aquel vestido granate con hombreras. Era evidente que Sandrino, desde el otro lado de la mesa, la paralizaba con esos ojos suyos que todo lo veían, y que los modales de mis padres la tenían aterrorizada. Por temor a cometer la más mínima falta gramatical, no dijo ni pío en toda la comida. Se limitó a pronunciar un par de palabras incomprensibles cuando le ofrecimos por segunda vez la lengua de buey con alcaparras de la que Adélia estaba tan orgullosa. Tras mucho debatir, la familia terminó por concluir que había murmurado:

—He comido suficiente.

Puesto que todo me tocaba a mí, mis padres me arrastraron a la boda de Séraphin y Charlotte. Recibieron la bendición nupcial en la iglesia de Saint-Jules del barrio conocido como la Alcantarilla. Yo nunca iba más allá de la Place de la Victoire y solo cruzaba el canal Vatable en coche cuando íbamos a nuestra segunda residencia en Sarcelles. Así que era la segunda vez que visitaba un barrio popular. La Alcantarilla ofrecía por entonces un curioso mosaico. Los amasijos de las chabolas de madera sin pintar, algunas con las piedras del terreno por todo el suelo, convivían con una gigantesca cantera de la que saldrían, o eso se esperaba, modernos inmuebles, un gran hotel, el edificio del Banco de Guadalupe, un hospital. La iglesia de Saint-Jules, con la fachada de madera descolorida por las inclemencias y la bóveda en forma de casco de barco, se me antojó una maravilla. A pesar de estar rodeada de tugurios, me pareció un lugar de devoción sincera y sin artificios. Rebosaban las flores frescas, flores de lis, nardos, gardenias, y toda la luz del día se filtraba libre por las altas persianas ojivales. Las familias de Séraphin y de Charlotte, dos tribus con un total de cincuenta miembros cada una, lucían ridículas en sus trajes de domingo. Sin embargo, no me entraron ganas de reírme de aquellas sedas y aquellos encajes. ¡Todo lo contrario! Sentí una

profunda simpatía por aquellas niñas de mi edad, peinadas con historiados rizos y gomina, orgullosas a más no poder de sus repolludos vestidos de satén y sus zapatos de charol con tacones. Sentí deseos de mezclarme con ellas. Deseos de subirme a uno de los autocares de alquiler que, nada más terminar la ceremonia, llevarían a los invitados a Grands Fonds. Me imaginaba el pantagruélico banquete, morcilla criolla, cabrito al *colombo*,²² pulpo, *lambí*, ríos de ron, las risas, la orquesta tocando endiabladas *biguines* y, en comparación, todas las diversiones de mi universo me parecían minucias. Poco después de la boda, Séraphin y Charlotte desaparecieron. Mi madre nos anunció que a Séraphin lo habían destinado muy lejos de La Pointe, al norte de Grande-Terre. A Anse-Bertrand o a Petit-Canal. Durante años, mi madre recibió de su parte cantidad de fotos que ella fechaba y ordenaba en álbumes. Fotografías de los hijos, nacidos los unos inmediatamente después de los otros. Primero, los admiramos desnuditos, acostados boca abajo. Después, los admiramos vestidos de marineritos, de pie sobre las piernas regordetas. Un mes de julio en que estábamos en nuestra segunda residencia de Sarcelles, una carta informó a mi madre de que Séraphin dirigía la oficina de correos de Sainte-Marie. Se lo tomó como una buena noticia. Sainte-Marie solo quedaba a unos quince kilómetros de Sarcelles. Por aquellos tiempos, en Guadalupe las visitas no se anunciaban. Los parientes, cercanos o no tan cercanos, los amigos íntimos y los conocidos se presentaban sin previo aviso y esperaban ser recibidos con los brazos abiertos. Milagrosamente, así era siempre. Así que, un domingo tras la misa, a mi madre le pareció lo más normal del mundo darles una sorpresa a Séraphin y a Charlotte. Metimos en el Citroën un par de canastos llenos de raíces y frutas del huerto, naranjas sanguinas, bananas, chirimoyas. Carmélien, que lo mismo nos valía para un roto que para un descosido, se sentó al volante. Pues mi padre, enfermo de unas cataratas que le iban velando de azul las pupilas, había dejado de conducir. Nos llevó más de una hora recorrer los pocos kilómetros por la carretera de la costa. El camino fue un calvario, lleno de curvas. Mi madre, miedosa, vigilaba febril la aguja de la velocidad. Sainte-Marie sería un insignificante punto más en el mapa de la isla, de no haber sido porque la carabela de Colón abordó allí en 1493. Por eso, una estatua de nuestro Descubridor en pie se elevaba en el centro de una pequeña plaza bautizada como Plaza del Recuerdo. Séraphin y Charlotte vivían detrás de la oficina de correos, en una casa no muy bien conservada, con la galería repleta de bicicletas y todo tipo de trastos viejos.

Por más que Carmélien tocó la bocina, por más que mi madre gritó, nadie se asomó a la veranda. Al rato, mi madre se decidió a entrar, conmigo pegada a sus faldas, y nos dimos cuenta nada más cruzar el umbral de que algo iba mal. La salita de estar se encontraba en un estado de suciedad y desorden inimaginable: una auténtica pocilga. Un gemido, entrecortado por violentos quejidos y gritos guturales, provenía de una de las habitaciones. Parecía que a algún cerdo le hubiese llegado su San Martín y se estuviese desangrando colgado de las patas sobre un balde. Preocupada, mi madre alzó un poco más la voz:

—¿Hay alguien en casa?

Por fin, Séraphin surgió de una de las habitaciones. Un mandil de carnicero anudado a la cintura, barbudo, las greñas en desorden, más gordo que de costumbre. Al reconocer a mi madre, se emocionó y rompió a llorar:

—¡Prima Jeanne! ¡Prima Jeanne!

Resultó que en aquel preciso instante estaba Charlotte pariendo a su cuarto hijo. Como era domingo, Séraphin no había logrado localizar a la matrona. Charlotte perdía sangre a raudales, estaba agotada, no conseguía seguir empujando. Con ayuda de la sirvienta, Séraphin lo intentaba todo, en vano. Ya he señalado que mi madre tenía carácter. Sin rodeos, dejó el bolso, se quitó la capellina y se llevó a Séraphin a la habitación. Me quedé dudando en la salita de estar, preguntándome qué se suponía que debía hacer yo. Había bastantes libros en las baldas de una vieja estantería. ¿Pero acaso estaba bien sentarse y ponerse a leer en tales circunstancias? Fue entonces cuando escuché risas, susurros ahogados. Abrí otra puerta. De pie sobre la cama, tres niños, ni más altos ni más anchos que una espiga, se apretujaban muertos de risa frente a una especie de claraboya en la pared. Al verme, salieron corriendo cada cual por su lado. Me acerqué. Los imité y también pegué la nariz a la claraboya.

Yo, que vivía en otro mundo; yo, a quien mi madre nunca hablaba de nada, ni de reglas ni de menstruaciones; yo, que había descubierto gracias a los chismes de Yvelise que a los niños no los traía la cigüeña de París, vestidos de rosa o azul, asistí con estos dos ojos, en primera fila, en riguroso directo, a un parto. Un olor nauseabundo me golpeó. Enorme, similar a un globo aerostático, Charlotte yacía espatarrada en la cama. El centro, abierto lo mismo que una manguera, le chorreaba sangre. De sus labios brotaba una

queja continua, «¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío!», interrumpida a intervalos regulares por unos aullidos que le helaban a una la sangre. Una sirvienta, ataviada también con un mandil de carnicero, correteaba en torno a la cama sollozando y retorciéndose las manos. Mi madre se cubrió con una toalla, apartó a todo el mundo con autoridad y gritó:

—*Ou kaye pousé à pwézan!*²³

Fue la primera vez que la escuché hablar en criollo. A pesar de la peste, a pesar de la visión de toda aquella sangre, una horrible fascinación me mantenía pegada a la claraboya. Les daba codazos a los tres niños, que volvieron a la carga con la intención de no perderse lo mejor del espectáculo. Ahora, Charlotte chillaba sin parar. Vi asomar la cabeza del bebé. La vi salir. Vi al bebé salir entero, similar a un gusano, pegajoso de placenta y materia fecal. Lo escuché llorar por primera vez al tiempo que Séraphin, fuera de sí, exclamaba en criollo:

—*An ti fi! Mèsi Bon Dié!*²⁴

Entonces, incapaz de soportarlo más, me desmayé lentamente. Los niños me espabilaron echándome sin contemplaciones un vaso de agua en la cara. Cuando todo volvió al orden, cuando la recién nacida ya estaba en el moisés, cuando la parturienta ya descansaba vestida con un camisón de seda, mi madre y yo nos reencontramos y suspiró:

—¡Qué visita! Pobrecita mía, ¿qué has estado haciendo todo este rato?

Me inventé que había estado leyendo una novela que andaba por allí. Estoy segura de que no se lo tragó. Me encontró con la cara desencajada, un hilo de voz y piernas temblorosas. Cambió enseguida de tema de conversación y se puso a criticar la manera en que Séraphin y Charlotte tenían la casa. ¿Me había fijado en toda aquella porquería? Desde luego, el buen ejemplo que ella les había dado durante años no les había servido de nada. Cuando le conté la historia a Sandrino, le dio muchísima rabia habérselo perdido. De pronto, la hermanita pequeña le sacaba ventaja. Atesoraba una experiencia que él estaba lejos de alcanzar.

Bautizaron a la niña que nació aquel día con el nombre de Maryse. Me escogieron como madrina.

CAMINO DE LA ESCUELA

Tendría yo trece años. Otra dichosa temporada en la «metrópolis». La tercera o la cuarta desde el final de la guerra. Cada vez me creía menos el cuento de que París es la capital del universo. Muy a pesar de la existencia cuadriculada que allí llevaba, echaba de menos La Pointe, abierta al azul del estrecho y el cielo. Echaba de menos a Yvelise, a mis compañeros del instituto y deambular bajo los jabillos por la Place de la Victoire, única distracción que se nos permitía hasta las seis de la tarde. Porque a esa hora cae la noche y, según mis padres, podía pasarnos cualquier cosa. Venidos del otro lado del canal Vatable, negros de sexo voraz perseguían a las vírgenes de buena familia y les faltaban al respeto con palabras y gestos obscenos. En París, también echaba de menos las cartas de amor que, sorteando todas las barreras que me protegían, algunos chicos conseguían hacerme llegar.

París, para mí, era una ciudad sin sol, una celda de áridas piedras, un ir y venir en metros y autobuses donde los desconocidos comentaban sin disimulo:

—¡Pues no es fea la negrita!

No era la palabra *negrita* lo que me hacía daño. En aquel tiempo, era normal. Era el tono. Sorpresa. Yo constituía una sorpresa. La excepción a una raza que los Blancos se empeñaban en considerar repulsiva y bárbara.

Aquel año, como mis hermanos y hermanas ya habían ingresado en la universidad, me tocó ejercer de hija única, papel que me asfixiaba, pues implicaba un incremento de atenciones maternas. Iba al instituto Fénelon, a dos pasos de la Rue Dauphine, donde mis padres habían alquilado un apartamento. En aquel prestigioso aunque austero centro, los profesores, como de costumbre, me cogieron manía por mis insolencias. En contrapartida, y por idénticas razones, me gané el estatus de líder e hice no

pocas amigas. Vagábamos en grupo sin alejarnos del cuadrilátero que delimitaban el Boulevard Saint-Germain, el Boulevard Saint-Michel, las aguas muertas del Sena y las galerías de arte de la Rue Bonaparte. Nos parábamos frente al club de jazz Le Tabou, donde todavía flotaba el recuerdo de Juliette Gréco. Hojeábamos libros en la librería Hune. Espiábamos a Richard Wright, macizo como una estatua de bronce en la terraza del café Tournon. No habíamos leído nada suyo. Pero Sandrino me había hablado de su compromiso político y de sus novelas, *Black Boy*, *Native Son* y *Fishbelly*. El curso por fin tocó a su fin y la fecha del regreso a Guadalupe se acercaba. Mi madre había comprado de todo y más. También mi padre llenaba metódicamente enormes arcones de hierro pintados de verde. En el instituto Fénelon, el jolgorio y la pereza no se estilaban. Sin embargo, una vez terminados los programas, podía notarse en las aulas cierto perfume de ligereza, alegría incluso. Un día, la profesora de Francés tuvo una idea:

—Maryse, nos vas a hacer una exposición sobre un libro de tu tierra.

Mademoiselle Lemarchand era la única profesora con la que me llevaba más o menos bien. En más de una ocasión, me había insinuado que las clases sobre los filósofos del siglo XVIII se dirigían a mí en especial. Era una comunista cuya foto en portada de *L'Humanité* había circulado de mano en mano. No sabíamos exactamente lo que abarcaba la ideología comunista, tan a la moda. Pero la intuíamos totalmente en desacuerdo con los valores burgueses que encarnaba a nuestro modo de ver el instituto Fénelon. Para nosotros, el comunismo y el periódico comunista *L'Humanité* eran tabúes. Creo que mademoiselle Lemarchand se pensaba que entendía las razones de mi mala conducta y me invitaba a reflexionar al respecto. Al animarme a hablar de mi tierra, no quería tan solo distraernos. Me ofrecía la oportunidad de liberarme de lo que, en su opinión, me oprimía el corazón. Tan bienintencionada propuesta, paradójicamente, me sumió en un abismo de confusión. Estábamos, no lo olvidemos, muy a principios de los años cincuenta. La literatura de las Antillas aún no había florecido. Patrick Chamoiseau dormía en el limbo del vientre de su madre y ni yo misma había escuchado nunca mentar el nombre de Aimé Césaire. ¿De qué autor de mi tierra podía hablarles? Acudí corriendo a mi confidente habitual: Sandrino.

Había cambiado mucho, Sandrino. Sin que nadie lo supiera, el tumor que acabaría con su vida lo carcomía malignamente. Todas sus amantes lo habían

abandonado. Vivía en una soledad extrema en un triste estudio en un noveno piso sin ascensor en la Rue de l’Ancienne-Comédie. Con la esperanza de hacerle entrar por el aro de los estudios de Derecho, mi padre había dejado de mantenerlo. Subsistía a duras penas con el dinero que mi madre le mandaba a escondidas, flaco, débil, sin fuerzas, tecleando con tres dedos en una polvorienta máquina de escribir manuscritos que los editores invariablemente le devolvían con estereotipadas fórmulas de cortesía.

—No me dicen la verdad —se enfurecía—. Mis ideas les dan miedo.

Cómo no, también él era comunista. Una foto del bigotazo de Iósif Stalin decoraba su cuarto. Asistió incluso a un Festival Mundial de las Juventudes Comunistas en Moscú y volvió loco de admiración por las cúpulas del Kremlin, la Plaza Roja y el mausoleo de Lenin. Igual que de niños, no me dejaba leer sus novelas y yo me esforzaba sin éxito por descifrar algún título al dorso de las carpetillas arrugadas donde las guardaba. En mi honor, él intentaba a pesar de todo volver a esbozar aquella luminosa sonrisa suya y adoptaba de nuevo una tranquilizadora actitud de hermano mayor. Rebuscamos entre las pilas de libros que se repartían en desorden por los muebles y entre el polvo del suelo. *Gobernadores del rocío*, de Jacques Roumain. Aquel iba de Haití. Tendría que investigar sobre el vudú y hablar de un montón de cosas que no conocía. *Dios se ríe*, de Edris Saint-Amant, uno de sus nuevos amigos, otro haitiano. Estábamos al borde de la desesperación cuando Sandrino se topó con un tesoro. *Calle cabañas negras*, de Joseph Zobel. Trataba de Martinica. Pero la isla de Martinica es hermana de Guadalupe. Me llevé *Calle cabañas negras* y me encerré con José Hassan.

Aquellos que no han leído *Calle cabañas negras* tal vez hayan visto la adaptación al cine de Euzhan Palcy. Cuenta la historia de uno de esos «negritos» a los que mis padres tanto temían, que crecen en las plantaciones de caña de azúcar atormentados por el hambre y las privaciones. Como su madre sirve en casa de unos señores blancos en la ciudad, lo cría a fuerza de sacrificios su abuela, la tía Tine, esclava de la caña de azúcar, vestida con remiendos. Su única vía de escape es la educación. Por suerte, José sale inteligente. Saca buenas notas en la escuela y, justo cuando está a punto de transformarse en un auténtico burgués, se le muere la abuela. Lloré desconsolada al leer las últimas páginas de la novela, las más hermosas que en mi opinión haya escrito Zobel.

«Le miraba las manos sobre la blancura de las sábanas. Las manos negras, hinchadas, endurecidas, curtidas de arrugas, curtidas de pliegues donde se secaba un barro imborrable. Dedos recubiertos de corteza, sarmientos retorcidos; con las yemas desgastadas y reforzadas por aquellas uñas espesas, más duras e informes que cascos de caballo...»

En realidad, toda aquella historia me resultaba perfectamente exótica, surrealista. De golpe me cayeron encima los fardos de la esclavitud, la Trata, la opresión colonial, la explotación del hombre a manos del hombre, los prejuicios racistas de los que nadie, menos Sandrino en contadas ocasiones, me hablaba jamás. Sabía, por supuesto, que los Blancos no se juntaban con los Negros. No obstante, lo atribuía, al igual que mis padres, a su imbecilidad y ceguera inconmensurables. De ahí que los parientes blancos de Élodie, mi abuela materna, se sentaran en la iglesia dos bancos más allá del nuestro sin girar jamás la cabeza en nuestra dirección. ¡Peor para ellos! Se perdían el privilegio de codearse con alguien como mi madre, lo mejorcito de su generación. De ninguna manera podía yo saber nada del funesto universo de las plantaciones. Mis únicos contactos con el mundo rural se limitaban a las vacaciones escolares que pasábamos en Sarcelles. Mis padres poseían en aquel rincón tranquilo de Basse-Terre una segunda residencia y una finca bastante bonita atravesada por el río que daba nombre al lugar. Allí, durante un par de semanas, todos jugábamos a ser campesinos, excepto mi madre, siempre a lo suyo, con el pelo cuidadosamente alisado bajo una redecilla y un collar de perlas al cuello. Como no había agua corriente, nos frotábamos con hojas, desnudos junto a la cisterna. Hacíamos nuestras necesidades en un orinal de barro. Por las noches, nos iluminábamos con lámparas de queroseno. Mi padre se plantaba una camisa y un pantalón de lino color caqui, se protegía la cabeza con un sombrero de paja y se armaba con un machete que no cortaba ni el viento. Nosotros, los niños, locos de contento por poder airearnos los pinreles y ensuciarnos o romper la ropa vieja, correteábamos por la sabana en busca de ciruelas negras y guayabas rosas. Los verdes campos de caña parecían estar llamándonos. A veces, intimidado por nuestra pinta de niños de ciudad y nuestro acento francés, algún agricultor nos ofrecía respetuosamente una jugosa caña cuya cáscara violácea arrancábamos a dentelladas.

Sin embargo, tuve miedo de confesarlo. Tuve miedo de revelar el abismo

que me separaba de José. A ojos de mi profesora comunista, a ojos de toda la clase, las auténticas Antillas eran aquellas que yo, pecado imperdonable, desconocía. Primero me dio por pensar, indignada, que la identidad es como un vestido que tienes que ponerte, lo quieras o no lo quieras, te quede bien o no. Después, sucumbí ante la presión y probé a ver si el hábito hacía al monje.

Un par de semanas más tarde, mi brillante exposición dejó sin aliento a la clase entera. Hacía días que la tripa, que me rugía de hambre, se me venía hinchando. Las piernas se me fueron arqueando. La nariz se me llenó poco a poco de mocos. El pelo se me volvió una greña rojiza bajo el efecto del sol. Me convertí en Josélita, hermana o prima de mi héroe. Fue la primera vez que un personaje me devoró. La primera de muchas.

Hoy, me da por pensar que lo que más tarde llamaría, un poco pomposamente, «mi compromiso político» nació en aquel momento, de mi identificación forzada con el pobre José. La lectura de Joseph Zobel, más que los discursos teóricos, me abrió los ojos. Me di cuenta entonces de que la clase a la que pertenecía no tenía nada que ofrecer y empecé a cogerle tierra. Por su culpa era yo una sosainas, una mala copia de los francesitos que me rodeaban.

Tenía «piel negra, máscara blanca», como escribiría Frantz Fanon pensando en mí.

VACACIONES EN EL BOSQUE

Aquel año, la artrosis de mi madre empujó a mis padres a darle la espalda a Sarcelles y pasar las vacaciones en Gourbeyre, por las aguas medicinales de Dolé-les-Bains, muy reputadas. Recibí la noticia con entusiasmo, pues, a la larga, me había cansado de Sarce-lles. Conocía todos y cada uno de sus escondrijos, el cauce del río infestado de sanguijuelas, las espesuras donde crecían guayabas y ciruelas y el sabor de todos los mangos de los árboles: mangos macho, mangos mamey, mangos señora, mangos huevo de toro, mangos filipinos, mangos injertados. De niña, además de con Sandrino, jugaba con los tres hijos sin madre del guarda. Ahora éramos mayores y yo ya no sabía jugar.

Gourbeyre se encuentra al sur de Basse-Terre. Recuerdo que nos llevó un día entero llegar, aunque desde La Pointe nos separaran menos de sesenta o setenta kilómetros. Mi madre me despertó al volver de maitines y nos echamos a la carretera, el coche cargado de cestos, maletas, baúles. ¡Una auténtica mudanza! Una vez dejamos atrás Rivière-Salée, el trayecto al principio resultó tranquilo. Carretera agradable y plana. Horizonte de verdes montículos recortados contra el cielo. Puentes colgantes sobre ríos dormidos. Cabritillos pirueteando con las orejas muy tiesas. Bueyes chepudos mugiendo melancólicos al pasar de los coches. De pronto, a la entrada de Capesterre, que aún no había sido bautizada como Capesterre-Belle-Eau, un inaudito templo hindú, de abigarrados colores exóticos, me despertó de mi somnolencia. ¿Aquello también era Guadalupe?

Alrededor, el paisaje empezó a cambiar. Las colinas sacaron pecho. Los campos de bananos con largas hojas barnizadas tomaron el lugar de las plantaciones de caña de azúcar y treparon a las alturas. El agua de las cascadas inundó el arcén de la carretera. El aire se volvió más fresco. Tras

una curva, nos dimos de bruces con la panorámica de las islas Les Saintes, Terre-de-Haut, Terre-de-Bas, sentadas en corro sobre el azul del mar. Lo miraba todo con ojos como platos e intuí que había nacido, sin saberlo, en un rincón del paraíso terrestre. La casa que mis padres habían alquilado en Gourbeyre tenía pinta de ser bien modesta. Lo que más disgustó a mi madre no fue que necesitara una manita de pintura, que la galería resultara demasiado estrecha, que el agua no subiera hasta la ducha, que los aseos estuvieran en un cuartucho infame al fondo del patio y que los grifos de la cocina gotearan. Fue que se encontraba pegada a una tienda, de apenas un palmo de ancho, pero muy bien abastecida, donde se vendía de todo, galletas, harina de yuca, bacalao, petróleo, lapiceros con goma y sobre todo botellines de un ron agrícola que hacía las delicias de los borrachines de la zona. Nos percatamos al despertarnos a la mañana siguiente, cuando un cliente que ya iba medio cocido le cantó las cuarenta a la cajera. En resumidas cuentas, nada extraordinario. Igual que a tantos otros veraneantes del mundo, a mis padres los timaron mediante un anuncio engañoso. La supuesta «vista impresionante» daba a un muro y la «primera línea de playa» equivalía a tres cuartos de hora a pie. Si se lo tomaron tan a la tremenda fue porque, al encontrarse hacinados en las cuatro habitaciones de aquel antro anejo a una tienda de ultramarinos, se sintieron desclasados. En apariencia, regresaban al detestable rango de los negros cualquiera. De acuerdo con la rígida geografía social de aquel tiempo, las regiones de Trois-Rivières, Gourbeyre y Basse-Terre pertenecían a los mulatos. Saint-Claude y Matouba eran los feudos de los terratenientes blancos, que se los disputaban con los hindúes. Mis padres, por su parte, tenían su sitio en Grande-Terre. Allí donde los negros habían evolucionado, donde habían conquistado la política y demás ámbitos. Como yo era demasiado joven, no sabría decir si los paisanos nos mandaron adrede el mensaje de que nos marcháramos por donde habíamos venido. Lo que sí sé es que nos ignoraron. Por más que mis padres se movieran en un Citroën de cuatro caballos; por más que mi madre se engalanara el cuello de perlas y mi padre se pavoneara con su ribete de la Legión de Honor que tanto efecto surtía en La Pointe, nadie nos prestaba atención. Al resguardo de los parasoles, todos se estrechaban la mano, se daban besos, charlaban en la puerta de la iglesia al salir de la misa de doce. Nosotros, en cambio, nos diluíamos en la multitud sin dar ni recibir los buenos días. Al ocaso, mis padres se paseaban frente a las rejas de elegantes mansiones que nunca se

abrían para ellos, después, volvían a sentarse en la penosa galería de la casa alquilada todo el tiempo que se lo permitieran los mosquitos. Se acostaban a las nueve tras beberse una infusión de melisa. Presa de la frustración, llevándole la contraria a mi padre, que se lo tomaba con filosofía, mi madre no paraba de quejarsele a madame Durimel, la casera. Mujer de armas tomar que cada poco, en plena comida, nos mandaba a su hijo con una carta tan incendiaria como la que acababa de recibir. Este intercambio epistolar duró varias semanas, madame Durimel accedió a arreglar un par de cosas. Pero el agua de la ducha se obstinaba en no salir de la alcachofa y, por partes, nos lavábamos en el patio con cubos y palanganas. Las cosas tomaron un cariz aún más dramático cuando Marinella, que nos hacía las veces de sirvienta, incluida en el alquiler, le quemó con la plancha la pechera de una camisa a mi padre. Mi madre decidió descontárselo del sueldo, tras lo cual Marinella le tiró a la cara el delantal y, escoltada por madame Durimel, se presentó a la hora de comer a ponerla verde. Aquello era inimaginable. En La Pointe, todo el mundo agachaba las orejas ante mi madre.

A mí me encantaba Gourbeyre. Por fin, era anónima. Nadie me conocía, nadie me prestaba atención. Habría podido correr descalza por las calles si me hubiera dado la gana. Tres veces a la semana, mientras mi padre se quedaba relejendo *El conde de Montecristo*, mi madre subía a darse un baño terapéutico a Dolé-les-Bains y me llevaba con ella. Lo que se anunciaba como un fastidio se convirtió en una maravilla. En un decorado de castillo de la Bella Durmiente se escondía el Gran Hotel, en desuso desde hacía poco. Era una enorme construcción de madera pintada de verde, rodeada por dos balconadas. En una ocasión, acerté a colarme dentro y descubrí espejos sin azogue, alfombras deshilachadas y pesados muebles de madera de curbaril medio comidos por las termitas. Siguiendo a mi madre de lejos, caminaba a la sombra de los árboles salpicados de epifitas, respirando el olor tibio del humus, hasta llegar a un estanque poéticamente conocido como el Baño de Amor. Mi madre iba entrando con precaución, mojándose las piernas; yo me daba media vuelta y desaparecía bajo la bóveda de los árboles de leche y las mimosas. Me tropezaba con raíces en forma de arcos que me ponían la zancadilla. Me echaba una cabezadita tumbada sobre la alfombra del musgo y me despertaba sobresaltada cuando, loca de inquietud, mi madre me llamaba a gritos por todas partes. No sé cómo terminé relacionándome con Jean y

Jeannette, dos gemelos que vivían en el vecindario. Su casa, de una sola planta, tenía un aspecto lamentable; eran hijos de un transportista que cubría la ruta Gourbeyre-Basse-Terre-Saint-Claude y conducía el camión jurando en arameo. Mis padres, claro, no estaban muy a favor de esta amistad. Pero, teniendo en cuenta mi aislamiento, tampoco podían prohibírmela. Lo que sí que me prohibieron fue una excursión a la cima del volcán de la Soufrière, otra a la Trace des Étangs, y me sentó fatal. Cada vez aguantaba menos aquella manera suya de controlarme la vida. En señal de paz, me autorizaron a acompañar a los gemelos a una velada literaria organizada por la parroquia.

El programa no era lo que se dice apasionante. Recital de poemas de Emmanuel-Flavia Léopold y una tal Valentine Corbin, que le cantaba a Doléles-Bains; una o dos escenas del *Enfermo imaginario*. Sin embargo, yo me encontraba en la gloria, entre Jean y Jeannette, atiborrándome a *doukouns*.²⁵ La sala estaba a reventar. Padres, madres, hermanos, hermanas, tíos, tías con sus mejores galas competían por aplaudir el talento de sus jóvenes parientes. Mientras esperaba el espectáculo, la asistencia se reía a carcajadas, charlaba, bromeaba. Por fin, se abrió el telón. Escuché los empalagosos versos que todos nos sabíamos de memoria desde la escuela primaria:

*Nací en una isla enamorada del viento
donde el aire huele a azúcar y canela...*

Ruido, alegría de fondo. Por comparación, me pareció entender lo que a mis padres les faltaba. Aquellas mujeres, aquellas mulatas, no eran más guapas que mi madre, aunque fueran más claras, aunque se peinaran las opulentas melenas con tanto arte. Los dientes que desvelaban al sonreír no eran más nacarados. No vestían mejor. No lucían joyas mejores ni más caras. Aquellos hombres, aquellos mulatos, no hacían mejores negocios que mi padre. Sin embargo, poseían algo de lo que mis padres siempre carecerían. Mis padres jamás eran espontáneos. Parecía como si se esforzaran constantemente por dominar, controlar algo oculto en su interior. Algo que en cualquier momento podría escapárseles y causarles una desgracia. ¿Qué sería? Me acordé de las palabras de Sandrino, cuyo sentido aún no entendía bien:

—Papá y mamá son un par de alienados.

Me pareció estar llegando al corazón del asunto.

La estancia en Gourbeyre duró seis semanas, las seis semanas del tratamiento. De vuelta a La Pointe, mi madre enterró aquel recuerdo en lo más profundo de su memoria y no volvió a referirse a ello más que con suspiros, mímica y meneos de cabeza. A mí, por el contrario, me proporcionó una fuente de relatos a cada cual más maravilloso para encandilar a Yvelise.

¿VIVA LA LIBERTAD?

Cuando cumplí los dieciséis años, mis padres me regalaron una bicicleta, marca Motobécane, una preciosa montura azul con guardabarros plateados, y, entonces, me crecieron las alas.

La estancia en Dolé-les-Bains me despertó las ganas de abrir la jaula donde vivía encerrada desde que nació. Me di cuenta de que no conocía mi tierra. Me di cuenta de que solo conocía una pequeña parte de La Pointe. Como cada vez me volvía más huraña, mis padres entendieron que debían aflojarme un poco la correa. A sus setenta años, mi padre estaba prácticamente ciego. Unos hilos invisibles lo guiaban mientras permanecía dentro de casa, pero, una vez fuera, se le hacían un nudo. No era capaz de cruzar las calles ni orientarse. Como mi madre no tenía paciencia ninguna, él se refugió en Sarcelles, único lugar donde se sentía a gusto y, lo mismo que un ermitaño, se pasaba días sin cambiarse de ropa ni lavarse. Mi madre, por su parte, ya no era la misma. A resultas de una mala gripe, se había quedado casi calva y se tapaba la frente con torpes postizos, negros como la tinta china, que contrastaban con el resto del pelo, color pimienta y sal. Su religiosidad había llegado a unos extremos que la muerte de Sandrino, menos de un año después, no haría sino acentuar. No se perdía ni maitines, ni misa de doce, ni misa del gallo, ni misa cantada, ni vísperas, ni rosario, ni misa de difuntos, ni calvario, ni un solo mes de María. Cumplía con las novenas, las penitencias, los ayunos, rezaba el rosario, pasando las cuentas una a una, se confesaba, comulgaba. Cuando la devoción no la tenía ocupada, nos peleábamos. Por cualquier tontería. Por cualquiera. No recuerdo lo que causaba nuestras constantes peleas. Recuerdo solamente que yo siempre quedaba por encima. Le asestaba durísimos golpes verbales e invariablemente ella terminaba balbuceando hecha un mar de lágrimas:

—¡Si te muerdes, te envenenas!

La sensación de ebriedad de los diez años me abandonó. Aquellas lágrimas tuyas se convirtieron en un espectáculo cotidiano y banal que, de golpe, dejó de afectarme. En mis primeros años de vida había contado con la luminosa presencia de mis hermanos y hermanas, todos en secreta guerra contra mis padres. Sin ellos, mi adolescencia adquirió colores de funeral. Me encontré viviendo con dos cuerpos ancianos cuyos humores no podía entender. En casa reinaba una atmósfera de velatorio. El segundo piso estaba clausurado. Puertas y ventanas cerradas a cal y canto, pues ya nadie las usaba. Recorría tristemente las habitaciones vacías: la habitación de Thérèse, la de Sandrino. Hojeaba los libros cubiertos de polvo de las estanterías. Abría los armarios donde aún colgaban prendas viejas. Me sentaba en las camas con los somieres destrozados. Era como si vagara por un cementerio en busca del recuerdo de los seres perdidos. Por entonces, a Sandrino acababan de ingresarlo en el hospital de la Salpêtrière. Mi madre intentaba convencerse de que su enfermedad era benigna, pero se temía lo peor. No tenía fuerzas para ir a verlo a Francia y a Sandrino su recuerdo lo atormentaba. Thérèse, por su parte, se vengaba. Enviaba poquísimas y escuetas cartas. Se había casado con un estudiante africano de Medicina, que a su vez era hijo de un médico muy famoso en su país. Sin embargo, a mis padres, con lo clasistas que eran, no les pareció bien. En primer lugar, porque nada de lo que hacía Thérèse desde niña les parecía bien. Además, porque África queda muy lejos, al otro lado del mundo. Mi madre ni siquiera se tomó la molestia de colocar encima del piano las fotografías de Aminata, que sin embargo fue su primera nieta.

A los quince años, me miraba en el espejo y me encontraba fea. Fea a rabiar. Para rematar un cuerpo tieso como una vara sin fin, aquella cara mía, triste y hermética. Ojos prácticamente cerrados. Pelo escaso y mal peinado. Sonrisa inexistente. Por todo adorno, un cutis de terciopelo que el acné no se atrevía a destrozar. Ningún chico se fijaba en mí, lo que me entristecía, pues ya empezaban a gustarme los hombres guapos. Gilbert Driscoll se había metamorfoseado en un guaperas con tupé que coleccionaba admiradoras en el barrio. Yo tenía tan pocas amigas como pretendientes, pues Yvelise había dejado los estudios para trabajar con su padre. Ya nunca nos veíamos y mi madre la criticaba, afirmando que se acostaba con cualquiera y que el día menos pensado aparecería con un bombo. En el instituto, donde me portaba

peor que nunca, profesoras y alumnos me tenían miedo. Desde mi soledad, afilaba epigramas como dardos que no dejaban títere con cabeza. Cuando me disponía a examinarme, con un año de adelanto, de segundo de bachillerato, era la auténtica personificación de la inteligencia disfrazada de maldad.

En cuanto tuve mi Motobécane, no me hizo falta más. Me olvidé de mantener mi mala reputación. Pedaleaba, pedaleaba. Me aventuré enseguida más allá de La Pointe. Descubrí la costa llana y embarrada de Vieux-Bourg en Morne-à-l'Eau, medio recubierta por el agua del mar, con sus manglares repletos de grullas vestiditas de blanco. Aceleré en dirección contraria hacia Bas-du-Fort. ¡Maravilla! Jamás había admirado los altos acantilados calcáreos donde brillaban las gaviotas y la arena de color oro. De hecho, la única playa que conocía era la de Viard, con aquella arena volcánica de color luto como las uñas de un pie mal lavado. Tres o cuatro veces durante las vacaciones, íbamos allí a pasar el día, mi madre vestida con un conjunto hecho a mano por Jeanne Repentir, su costurera, mi padre ataviado con calzones largos, pero mostrando impúdico la pelambreira blanca del torso. Una criada de Petit-Bourg, contratada para las vacaciones, nos recalentaba el *colombo* en una hoguera prendida entre cuatro piedras, y comíamos de pícnic bajo los árboles. A veces, algún lugareño nos rondaba y escudriñaba con curiosidad la familiar estampa. Me pasaba las horas muertas en éxtasis, tumbada sobre la arena, haciendo muecas bajo el sol abrasador. A pesar de mis ganas, no me bañaba en aquel azul inmenso. Sandrino, es cierto, me había enseñado a nadar, estilo perrito, pero no tenía bañador. Esta prenda se incorporaría bastante tarde a mi fondo de armario, y yo ya era demasiado mayor para meterme al agua en braguitas de algodón como antaño. Después de Bas-du-Fort, le eché valor y pedaleé hasta Le Gosier. Ya conocía a Virginia Woolf y su *Al faro*. Como ya no me inventaba historias, lo compensaba leyendo con voracidad todo lo que pillaba. Me marqué el objetivo de llegar a la altura del islote, que flotaba en el mar igual que una boya costera. Lo convertí en símbolo literario, encrucijada de mis sueños y deseos. Una vez, no sin esfuerzo, llegué hasta Sainte-Anne, por entonces un pueblito tranquilo que nada sabía del turismo. Me dejé caer a la orilla del mar. Sentados a lo indio junto a mí, sin prestarles atención a mis pintas poco comunes, los pescadores bromeaban remendando las redes. Las vendedoras ofrecían manojos de tencas y de meros. Niños negros como el alquitrán se

bañaban totalmente desnudos. Me quedé dormida, con la boca abierta, y me desperté al ocaso. A mi alrededor, la playa estaba desierta, la marea alta.

Normalmente, me esforzaba por volver a La Pointe antes de que anoheciera. Era la primera vez que la oscuridad me sorprendía con las manos en la masa. Me entró miedo. Miedo de la carretera llena de curvas. Miedo de las formas de las casas de pronto metamorfoseadas en brujas, de los árboles amenazadores, de los bancos de niebla deshilachados. Así que me eché al camino como loca, pedaleando con todas mis fuerzas, inclinada sobre el manillar. Y, no sabría decir cómo, la velocidad se me subió a la cabeza. Me hizo libre, anticipo de toda esa libertad que me esperaba. En menos de un año, dejaría Guadalupe, yo que jamás me había separado de mis padres más de dos semanas. La perspectiva me llenaba de júbilo y terror. ¿Qué iba a estudiar? Los profesores me veían en humanidades clásicas, en una gran universidad, o sea, que volvería al instituto Fénelon para realizar el curso preparatorio.²⁶ Lo que equivalía a cambiar una cárcel por otra. De todos modos, acertaba a entrever, más allá de la celda a la que todos me destinaban, rendijas por las que conseguiría colarme. Cuando, sin aliento, llegué a la Rue Alexandre Isaac, mi madre acechaba en el salón. Comenzó el sermón. ¿Qué bicho me había picado, corriendo como una loca a pleno sol? ¿Es que no me veía lo suficientemente fea y negra? Parecía una africana. Si era un hombre lo que andaba buscando, lo llevaba claro.

Pasé de largo sin mirarla y subí a encerrarme en mi habitación. Mi madre siguió despoticando. Pasado un rato, agotada, se calló y subió a su vez hasta el primero, con infinitas dificultades, pues cada vez estaba peor de la artrosis que me dejaría en herencia. La oí darse con los muebles, acomodarse en la cama que crujía como un bote echándose a la mar. Disfrazado de lástima, todo el amor que sentía por ella se me subió al corazón y casi me ahoga. Entré sin llamar en su habitación, lo cual estaba prohibido. Sentada en mitad de la cama, estaba recostada sobre una pila de almohadones, porque le costaba respirar por la noche. Tenía el breviario abierto frente a ella. Se había quitado la peluca y se le veía la cabeza llena de calvas. Estaba vieja y sola. Mi padre llevaba en Sarcelles desde el lunes. Sola y vieja. Trepé a su cama como cuando era niña, como cuando nada podía impedírmelo, ni las más estrictas prohibiciones. La abracé, fuerte, fuerte, la llené de besos. Bruscamente, como si nos hubieran apretado un botón, nos pusimos a llorar.

¿Por qué? Por nuestro querido Sandrino, que se nos moría lejos. Por el final de mi infancia. Por el final de cierto modo de vida. De una relativa felicidad. Deslicé una mano entre sus pechos, que habían amamantado a ocho hijos, pechos ahora inútiles, marchitos, y así me tiré toda la noche, mi madre aferrándose a mí, yo ovillada junto a ella, arropada por su perfume a vejez y a árnica, por su calor.

Así, en aquel abrazo, es como quiero recordarla.

LA MAESTRA Y MARGUERITE

A mediados de los años cincuenta, un 4 de septiembre, me reencontré con un París ya abrigado por los colores del otoño. Sin entusiasmo. Sin desagrado tampoco. Con indiferencia. Viejos conocidos.

Empecé a ser distinta de quien era nada más poner un pie en la cubierta del *Alexandria*, un carguero que cruzaba el océano en diez días. Éramos una docena de pasajeros, chicos, chicas, que nos marchábamos a estudiar a Francia. Yo era la más joven, con mis dieciséis años, y todos me tachaban de niña prodigio. Reinaba una atmósfera fúnebre. Ni ligoteos, ni bailes, ni chistes, la morriña comenzaba a roernos el corazón. Por añadidura, no teníamos distracción ninguna a bordo. Matábamos el tiempo leyendo por las mañanas, repantingados en tumbonas frente al mar. Después de comer, cada cual se encerraba en su camarote para echarse interminables siestas hasta la cena. Luego, apretujados en la sala de fumadores, jugábamos con desgana a las cartas. Ni me imaginaba lo mucho que echaría de menos a mi madre. Empezaba a darme cuenta de que ella era, como dice aquel poema de Auden, «mi mañana, mi mediodía, mi medianoche, mi palabra, mi canción». Al alejarme de ella, perdí el apetito. Me despertaba febril de madrugada, deseando encontrarme acurrucada contra su pecho. Le escribía cada día páginas y páginas, suplicándole que me perdonara mi mala conducta en los últimos años y repitiéndole lo mucho que la quería. Al llegar, eché al buzón diez cartas a la vez. Se tomó su tiempo para responderme. Después, se puso a enviarme cortas tarjetas sin alma que invariablemente terminaba con la fórmula vacía: «Tu mamá, que se acuerda de ti».

Todavía busco consuelo. Aquella sorprendente indiferencia probablemente fuera de naturaleza patológica. Debía de ser el primer signo de la misteriosa enfermedad que en un abrir y cerrar de ojos la postró en la cama

una mañana y se la llevó un par de días después mientras dormía.

En París, vivía yo en la Rue Lhomond, a dos pasos de la Rue Mouffetard, en el corazón del viejo París. Thérèse, con quien me escribía, me había encontrado una habitación en una respetable residencia frecuentada por señoritas de la alta burguesía antillana, principalmente martiniquesa. Rodeada de mulatas rubias o castañas, con cabellos rizados u ondulados, con pieles doradas y ojos multicolores, verdes, grises o azules, yo era la única que lucía piel negra y pelo encrespado. De las otras dos guadalupeñas, había una, Danièle, tan clara que casi podría pasar por blanca; la otra, Jocelyne, gastaba una melenaza propia de una princesa hindú. Como me sentía la chica más fea de la tierra, evitaba compararme con nadie. Sin embargo, una incongruencia me traía de cabeza. Por más que mi color me hermanase con los vulgares negritos, trabajadores de la caña, esclavas de las plantaciones, pescadores, vendedoras ambulantes, obreros de los muelles y Dios sabe qué más, me encontraba más lejos de ellos que las doncellas de piel clara que me rodeaban. Al menos ellas hablaban constantemente en criollo, se reían a carcajada limpia y, sin vergüenza, meneaban sus encantos al ritmo de las *biguines*. ¡Se diría que sus padres no les habían enseñado buenas maneras! ¡Se diría que no compartían el desprecio de los míos por las tradiciones locales! ¿Cómo era posible? Sandrino estaba muerto, ya no me quedaba nadie para guiarme. Perdida en el laberinto de mis reflexiones, ostentaba un gesto amargado y duro. No saludaba a nadie. Nada más terminar de cenar, me encerraba en mi habitación empapelada de reproducciones de Picasso en compañía del *Himno de la alegría* o los *Conciertos brandeburgueses*. Bien rápido, sin embargo, entablé amistad con Jocelyne, una chica no menos peculiar. Había nacido y crecido en Dakar, donde su padre era magistrado, pero apenas conocía el país de sus padres. Observaba divertida las tradiciones y costumbres antillanas y no se cortaba a la hora de burlarse de ellas. Bautizó a nuestras compatriotas de la residencia como «las lindas *doudous*»²⁷ y le indignaba que fueran a La Sorbona para pescar marido. Se consideraba intelectualmente superior a todo el mundo, excepto a mí, lo cual me halagaba. Ambas idolatrábamos a Gérard Philipe y, los fines de semana, no nos perdíamos ni una de sus actuaciones en el Teatro Nacional Popular. Compartíamos también la misma pasión por el cine. Yo le envidiaba la belleza, la manera en que mordía la boquilla del cigarro cuando se sentaba en

las terrazas de los cafés, donde no me atrevía a ir sin ella, la manera en que intimidaba a los chicos con el fuego de aquellos ojos suyos pintarrajeados de rímel.

Igual que en La Pointe, en mi vida no cabía lo imprevisto. Nunca tomaba el autobús. Atravesaba caminando a toda prisa el Barrio Latino, desde la Rue Lhomond hasta el instituto Fénelon. Al terminar las clases, un cucurucho de castañas asadas en la mano, tomaba asiento en un banco de los Jardines de Luxemburgo y el recuerdo de mi madre me empañaba los ojos. Cuando caía la noche, emprendía el camino de vuelta a la residencia y llegaba justo a tiempo para la ruidosa cena en el refectorio lleno de risas y gritos. Sorbía la sopa como una zombi.

En el instituto, descubrí el rigor de las humanidades. Como no abría ni un libro, como nunca le rezaba a santa Genoveva, era prácticamente la última en todo. En clase, bostezaba con las ingratas traducciones grecolatinas o los desvelos de Marcel, que nos obligaban a analizar; escuchaba el corazón de la vida latir, latir lejos de aquella burbuja de aburrimiento. El mundo existía fuera. Vibraba. Pero ¿cómo encontrar la senda para llegar a él? Los profesores parecían haberse puesto de acuerdo para no sacarme del letargo: tal actitud significaba que aquella joven guadalupeña estaba fuera de lugar, no se contaba entre los candidatos a las grandes universidades. Solo madame Épée, la profesora de Francés, se comportó de otro modo. Era una rubia platino, más bien fuerte, que se daba aires de grandeza con su abrigo de piel y que, nada más verme, me cogió manía. Mi apatía, mi indiferencia la exasperaban. Andaba rumiando la mejor manera de buscarme las vueltas cuando, a finales del mes de octubre, llegó una nueva alumna. Se llamaba Marguerite Diop y era hija de un alto mandatario de Senegal. Tan bajita como yo alta. Cara redonda y ojos maliciosos. Menuda hasta tal punto que todas esas capas de jerséis que se ponía para protegerse del frío, sin preocuparse nada por la elegancia, no lograban hacerla parecer más ancha. Sonriente. Siempre dispuesta a maravillarnos en el patio con alguna historia africana. A compartir una golosina, regalo de alguna de sus innumerables tías. Era una alumna excelente, estudiosa, viva. Todo lo contrario a mí, resumiendo. Madame Épée se percató de nuestras diferencias y les sacó partido en mi contra. A partir de entonces, las clases de Francés se convirtieron en zoológicos donde la guardiana nos exhibía cual bestias enjauladas. Circos

donde la domadora nos forzaba a pasar por el aro. Villon, Du Bellay, Chateaubriand, Lamartine, toda la literatura francesa se convirtió en mero instrumento de tortura. Los bronceos de Benín acudían a veces en nuestra ayuda, o bien los frescos de Monomotapa. Madame Épée me asignó un papel. Inmutable. A todas luces, me tocó encarnar la degradación del África transportada al Nuevo Mundo. Al cruzar el océano, los valores que tan dignamente encarnaba Marguerite se marchitaban. La alegría, el humor desaparecían. La gracia se esfumaba. Quedaban tan solo la torpeza, la agresividad, la pereza. Madame Épée no se privaba de preguntarnos a la una después de a la otra, nos asignaba los mismos temas para exponer y, tomando a la clase por testigo, comparaba nuestras intervenciones. Tal vez sin saberlo, se ponía del lado de la larga estirpe de misioneros y administradores coloniales que ridiculizaron, vilipendiaron al «africano destribalizado», al *«trouserred nigger»*, negándose a reconocer que Marguerite, formada en un internado católico de Dakar, alumna de uno de los mejores institutos de París, no era más «pura» que yo. Debo decir que, a excepción de tres o cuatro chicas, inconscientes de lo que se perpetraba en sus narices, a las demás alumnas no les iba aquel circo. A través de la indisciplina, las insolencias y los graffittis en la pizarra, cosa rara en Fénelon, dejaban clara su aversión hacia madame Épée. A mí, por el contrario, me manifestaban la más viva simpatía. No daba yo abasto con tantas invitaciones para comer, para pasar el fin de semana en la casa de campo de sus padres. Solía aceptar. Sin embargo, de vuelta a la residencia, era bien consciente de haber estado interpretando el papel de la negrita virtuosa. No, no venía de ningún campo de caña. Sí, mis padres eran gente de bien. Sí, en mi familia siempre hablábamos en francés. Mis compañeras habrían querido que me rebelase, que respondiera a los ataques de mis oponentes. No entendían que, privada de mi madre y de mi hermano, me fallaban las fuerzas.

Constantemente enfrentadas la una a la otra, Marguerite y yo habríamos debido odiarnos. Todo lo contrario. Madame Épée acercó nuestras personalidades, tan distintas. Sentada en los Jardines de Luxemburgo, tiritando bajo todas aquellas capas, Marguerite echaba por tierra mis argumentos. Me equivocaba: madame Épée no me tenía manía solo a mí. Era una racista que nos despreciaba tanto a la una como a la otra. Divide y vencerás, como bien reza la política colonial. Sus discursos sobre las

bondades de África eran una sarta de hipocresías. Igual de insultantes que sus elucubraciones sobre la degradación de las Antillas. Bruscamente, Marguerite se interrumpía en mitad de alguna docta explicación y me señalaba a un viandante que avanzaba con prisas por el Boulevard Saint-Michel, el «primo» Cheikh Hamidou Kane, joven y brillante economista, el «primo» Cheikh Anta Diop, que estaba terminando un libro terrible para contar la verdad sobre los egipcios, y la idea de que todos los negros éramos familia me aliviaba en mi soledad. Me invitaba a menudo a casa de una de sus tías, esposa de un parlamentario de Senegal. Doce habitaciones en la Avenue Marceau, atestadas de chiquillos, visitantes, familiares de verdad, parásitos y mujeres con cuello de cisne en equilibrio sobre tacones de aguja. A todas horas del día y de la noche, en aquella casa se comía pescado con arroz en la vajilla cara, con desconchones por culpa de las manos descuidadas de las criadas. Camille, uno de sus «primos», se enamoró de mí con locura. Era bajo y gordo, extremadamente inteligente, futuro jefe del Banco Mundial. «Dentro de veinticinco años —predecía—, nuestro país será independiente.» Se equivocaba, lo fue en menos de cinco años. Qué bien sentaba sentirme por fin deseada, que me besaran en la boca, me metieran mano. Sin embargo, no estaba preparada para África. Al final del segundo trimestre, Marguerite desapareció. Circularon los rumores, pronto convertidos en certeza. Había vuelto a Senegal. Para casarse. Nos enteramos de que encima estaba embarazada y de que llevaba todo el invierno ocultándolo con fajas. De golpe, madame Épée se olvidó de mí para ensañarse con su antigua favorita. Clase tras clase, la fue convirtiendo en el lamentable símbolo de las mujeres de su raza, pusilánimes y desprovistas de toda ambición intelectual. En un par de años, terminaría obesa, con un palillo entre los dientes, arrastrando las sandalias.

Yo, sentada en la fila de los torpes, retomé mi costumbre de soñar despierta. Me imaginaba a Marguerite con los rasgos de una senegalesa de un grabado antiguo que me encantaba. En un jardín donde crecían flores soberbias y salvajes, la veía tumbada en un diván, recostada entre cojines multicolores. Tenía la cabeza envuelta en un enorme pañuelo azul. Calzaba sandalias con lazos. Se desabrochaba el corsé de tafetán y le ofrecía los senos hinchados de leche a su bebé. Opulenta, plena, hacía caso omiso de las diatribas de madame Épée. Al mismo tiempo, anhelaba yo una carta, una

postal, una señal, algo que confirmara mi representación de su felicidad.
Nunca me escribió.

OLNEL O LA VIDA DE VERDAD

A final de curso, me expulsaron del Fénélon. Era de esperar. Mi madre no hizo ningún comentario. Mi padre me dirigió una carta, muy en su línea, donde me hacía saber que era la vergüenza de su estirpe. Fue por aquella época, creo, cuando comenzaron a colgarme en la familia el sambenito que terminé aceptando como verdad: a pesar de toda mi inteligencia, no llegaría a nada.

En noviembre, me incorporé a La Sorbona igual que el prisionero que alcanza la tierra de la libertad. Me colaba, anónima y radiante, en los anfiteatros atestados. Sin tardar, les di carpetazo a las humanidades clásicas. Se acabaron el latín, el griego, el francés antiguo, el francés medieval. Me incliné por estudiar Inglés. Por lo menos, sonaba menos carca. Y, además, había descubierto a los grandes poetas, Keats, Byron, Shelley. Me emborrachaba con su poesía:

*Was it a vision, or a waking dream?
Fled is that music. —Do I wake or sleep?*²⁸

Keats, *Oda a un ruiseñor*

Me apasionaban también las crueles historias de sus vidas y empezaba a comprender que solo del sufrimiento se alimenta la creatividad. Gracias a esa nueva libertad, me reencontré con antiguas compañeras de La Pointe, con mi «hermana de la primera comunión». Mis compañeras del Fénélon, que seguían su camino, no me dejaron de lado. Françoise, que presumía de roja, como su padre, profesor en La Sorbona, había aprendido de él a disertar sobre el anticolonialismo. Por mi cumpleaños, me regaló un ejemplar de *Cuaderno*

de un retorno al país natal. La poesía de Césaire no me revolucionó como la prosa transparente de Zobel lo hiciera un par de años antes. Tras la primera lectura, juzgué que no estaba a la altura de la poesía de mis ídolos ingleses. Sin embargo, el entusiasmo de Françoise, que recitaba poemas de memoria en la terraza del Mahieu, terminó contagiándome. Poco a poco, fui abriendo las compuertas del corazón y me dejé arrastrar por aquel torrente de imágenes. Acompañaba a Françoise a la Rue Danton, a las tertulias intelectuales. Comunistas franceses y africanos debatían la nueva ley sobre los territorios de ultramar, elaborada por Gaston Defferre. Aquellos áridos discursos me aburrían. Ni siquiera me llamó la atención uno de los oradores, un sindicalista venido de Guinea: Sékou Touré.²⁹

En menos de dos meses, no obstante, estaba de vuelta en la casilla de salida. El entusiasmo se me agotó y marchitó como se agostan las flores. La literatura inglesa no contaba solamente con Shakespeare y mi trío de genios rebeldes. *La saga de los Forsyte*, las novelas de Jane Austen me resultaban más pesadas si cabe que Tácito y Platón. Y, encima, estaban el inglés clásico, el inglés medieval. Mandé La Sorbona a paseo. No sé bien a qué dedicaba los días: recuerdo que pasaba muchísimo tiempo en el café Mahieu y en librerías. En cierto modo, aunque privilegiada, mi existencia no era feliz. En absoluto. Vivía en un desierto afectivo. Mis hermanas Émilie y Thérèse me sacaban demasiados años. Sus corazones no sentían por mí más que indiferencia. Me veían como un accidente de nuestros ancianos padres y una niñata mimada, a quien, gracias a Dios, la vida se encargaría de meter en vereda. Religiosamente, cada sábado almorzaba en casa de Émilie. Para evitar toda conversación, mientras yo comía, mi hermana se encerraba frente al piano en su habitación. Era una pianista maravillosa, capaz de llenarme los ojos de lágrimas. Sabía que había soñado con ser pianista profesional. En lugar de eso, mi padre la había encaminado hacia la carrera de Farmacia, que nunca terminó. Religiosamente, antes de los besos de despedida, me metía en los bolsillos billetes, los suficientes como para mantener a una familia media. Siempre tenía la impresión de que era su manera de pedirme perdón por su indiferencia. Un fin de semana al mes lo pasaba en el bonito y estafalario hogar de Thérèse, a la sombra de la basílica de Saint-Denis. Cuando no estábamos discutiendo, no teníamos nada de nada que decirnos: mi hermana solo se interesaba por su hija y su marido, además, yo siempre le había caído

mal. Me encontraba narcisista y veleidosa. Le parecía una arrogante cuando, en el fondo de mi corazón, temblaba de miedo. No tenía novio. El único chico dispuesto a quererme, me lo levantó Jocelyne, toda una experta, fiel a su costumbre. Aquel fracaso no contribuyó precisamente a aumentar mi confianza en mí misma.

Entendí muy rápido que más vale estar sola que mal acompañada. Con mi soledad, me veía todas las exposiciones de Léonor Fini o de Bernard Buffet. Hacíamos cola para ver las películas de Louis Malle. Ella, desenvuelta, entraba conmigo en los mejores restaurantes y me esperaba paciente mientras yo devoraba bandejas enteras de ostras, bajo la mirada estupefacta del resto de clientes. Estaba a mi lado cuando yo comparaba los folletos de las agencias turísticas y me decidía a comprar este o aquel billete de tren. Con ella, me recorrí Inglaterra, España, Portugal, Italia, Alemania. En su compañía, me rompí una pierna en una pista de esquí en Austria y me bajaron en helicóptero hasta el valle. Celebramos mi diecisiete cumpleaños en el hospital Hôtel-Dieu. Ingresé por lo que creí una banal crisis de apendicitis, y me operaron de un tumor en el ovario. Los doctores, consternados, me informaron de que por poco no me había quedado en el sitio y de que mis posibilidades de ser madre se verían fuertemente mermadas. Yo, que traería a este mundo a cuatro hijos, lloré desconsolada por mi futura esterilidad. Incluso mi cuerpo me abandonaba. Sin embargo, aquel mes en el hospital también fue hermoso. Mi compañera de habitación, madame Lucette, era una verdulera que vendía en la Rue Rambuteau. La escuchaba fascinada como el niño que aprende a leer y pasa las páginas de su primer libro. ¿Todo aquello era la existencia? Madame Lucette me presentaba orgullosa a sus numerosos visitantes y, cuando estos se maravillaban por mi buen francés, no me molestaba. Parloteaba todavía más para caerles en gracia. Les enseñaba fotos de mi familia y todos alababan la belleza de mi madre. Pero, una vez fuera del hospital, mi amistad con madame Lucette no resistió la comida en el cuchitril al fondo del patio donde vivía, en el iv Distrito. El guiso era sublime, pero yo no dejaba de ser hija de mis padres. En primavera, Jérôme, un compañero de Guadalupe que, al contrario que yo, cursaba con éxito la carrera de Historia, me propuso animar con él el círculo Luis Carlos Prestes. ¿Quién es Luis Carlos Prestes? ¿Un mártir? ¿Un político? ¿Un intelectual nacionalista? A estas alturas no me acuerdo de absolutamente nada.

Organizamos con pasión veladas literarias, coloquios, conferencias, y comenzaron a gustarme todas aquellas actividades que tanto me saturarían a lo largo de mi vida. Yo misma di una conferencia. Sobre la cultura guadalupeña. Ignoro si tuvo éxito. Esto sencillamente prueba que por entonces no me asustaba mi propia ignorancia. El círculo Luis Carlos Prestes prosperó. Me invitaron a hablar, a escribir en algunos periódicos. Gané un premio por un relato publicado en una revista de estudiantes antillanos católicos. O sea que, sin dar un palo al agua en la universidad, empezaba a ganarme cierto prestigio de intelectual entre los estudiantes. Aquel año, suspendí estrepitosamente los exámenes y mi padre, furioso, se negó a recibirme de vuelta en Guadalupe para las vacaciones. Aquella decisión, justa desde su punto de vista, tuvo una terrible consecuencia.

No volvería a ver a mi madre con vida.

Una velada del círculo la consagramos a un debate sobre Haití, donde un tal doctor François Duvalier partía con ventaja en la carrera hacia la presidencia. Lo que yo sabía de Haití se limitaba a los ballets de Katherine Dunham que había admirado algunos años antes sentada en el teatro de l'Empire entre papá y mamá. No sabía lo que se le echaba en cara, al tal François, aparte de aquel gesto suyo algo simiesco. Frente a sus contrincantes, burgueses mulatos casi todos, el color negro de su piel me despertaba cierta simpatía. Mi educación había sido *negrista*, sin saberlo.

En toda su existencia, el círculo Luis Carlos Prestes no conoció sesión tan turbulenta como aquella. Los duvalieristas y los anti-duvalier, los estudiantes negros y los estudiantes mulatos, casi llegan a las manos. Jérôme y yo no acertamos a calmar una batalla que en verdad apenas comprendíamos. Ante tanta pasión, me invadió un sentimiento de envidia. ¡Ah, si yo hubiera nacido en un auténtico país, un país independiente y no un pedazo de tierra departamental! ¡Luchar por un poder nacional! ¡Poseer un palacio presidencial con su presidente vestido de presidente! De un día para otro, entablé una estrecha amistad con dos estudiantes haitianos, Jacques y Adrien, que, ¿verdad o mentira?, se declararon locamente enamorados de mí. Todo lo sabían, no se les escapaba nada de su país: ni de historia, ni de religión, ni de economía, ni de tensiones político- raciales, ni de literatura, ni de pintura naïf. Trabajadores, dos ratas de biblioteca, me hicieron sentir vergüenza de mi inactividad. Yo tenía debilidad por Jacques, con aquel hoyuelo suyo en el

mentón y aquellos ojos brumosos. «¿Sabes? La vida —suspiraba— es un teléfono escacharrado, como todos los teléfonos en Haití. Llamas a alguien en Jacmel. Te ponen con alguien en Ciudad del Cabo. Nunca tienes lo que quieres.» Me aconsejó estudiar Filología Francesa porque, a su parecer, me iría como anillo al dedo. Fue él quien, sutilmente, me arrastró al anfiteatro Richelieu, donde Marie-Jeanne Durry hacía de las suyas. Pero Jacques y Adrien eran sobre todo las sombras de Sandrino, dos hermanos mayores reencontrados. No conseguía decidirme. Tanto el uno como el otro venían de familias igualmente notables, eran igual de educados, vestían idénticas trencas de niños bien. Mientras que una parte de mí, confusa, cada vez más impetuosa, anhelaba lo insólito, lo desconocido, el peligro y, en fin, la vida de verdad, la otra parte se figuraba la existencia que llevaríamos en Pétionville o Kenscoff: un largo río tranquilo que desembocaba en el mar del hastío. No podía ni imaginarme las desgracias que azotarían a los haitianos, que Jacques iba a verse obligado a exiliarse a Canadá, que Adrien y toda su familia iban a contarse entre las primeras víctimas de los *tontons macoutes*.³⁰

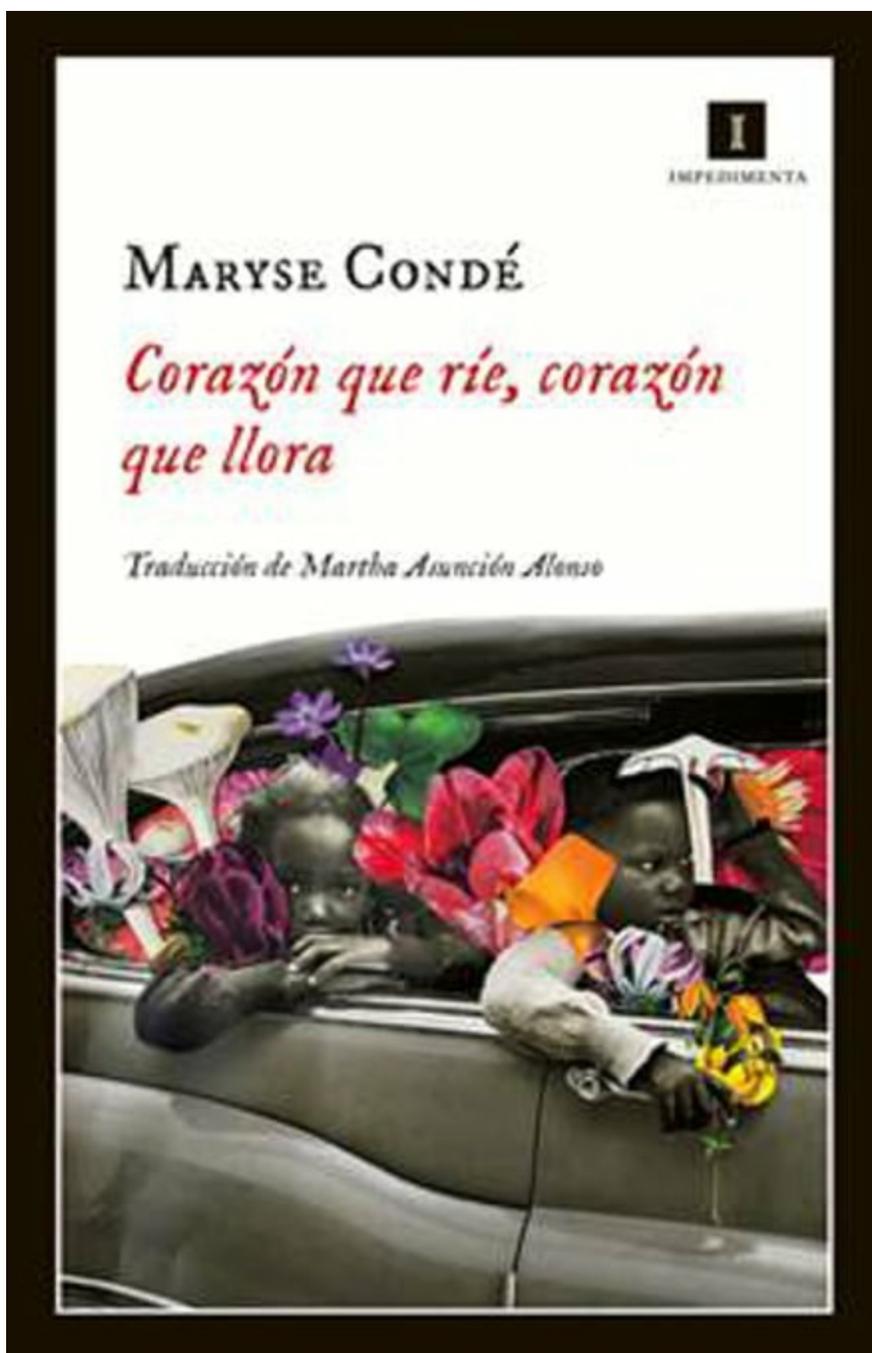
Una noche, acompañé a mis inseparables amigos a casa de uno de sus compatriotas en la Rue Monsieur-le-Prince. La discusión trataba del mundo rural y escuchamos como si estuviéramos en misa a Olnel, un mulato, ingeniero agrónomo, que nos describió el sufrimiento de los campesinos del valle de Artibonito. En un momento dado, se interrumpió para felicitar me por un artículo que yo había escrito sobre *Compadre General Sol*. Le parecía que Dios en persona hubiera apartado la cortina de las nubes y bajado de los cielos para infundirme tan ardientes palabras. Que un hombre tan apuesto, tan impresionante, se fijara en un ser tan insignificante como yo desbordaba todas mis expectativas. Cuando nos dispusimos a salir para cenar, en éxtasis, me tropecé en la escalera. Entonces, adelantándose a Jacques y a Adrien, Olnel me sujetó con posesiva fuerza.

Mi ángel de la guarda, a quien durante años mi madre me obligó a rezar, no hizo su trabajo. Después de tantas oraciones, decenas de rosarios y novenas, aunque fuera mediante un signo imperceptible, habría debido advertirme, advertirme de todo el dolor que Olnel me reservaba. Permaneció impassible.

Enfilamos el Boulevard Saint-Michel, tiritando entre luces. Los ojos como platos, el rebaño de los coches circulaba mugiendo hacia el Sena.

Aquella noche, sin darme cuenta, mi soledad se separó de mí y se despidió. Me había acompañado fielmente durante más de dos años. Ya no la necesitaba. Acababa de tropezarme con la vida, la vida de verdad, con su cortejo de duelos, de fracasos, de inefables penas y de alegrías siempre a destiempo. Se quedó de pie en la esquina de la Rue Cujas agitando débilmente la mano. Mas yo, ingrata, ni siquiera la miré, ocupada como estaba en avanzar, deslumbrada, incauta, hacia el porvenir.

CORAZÓN QUE RÍE, CORAZÓN QUE LLORA



No es fácil vivir entre dos mundos, y la niña Maryse lo sabe. En casa, en la isla caribeña de Guadalupe, sus padres se niegan a hablar criollo y se enorgullecen de ser franceses de pura cepa, pero, cuando la familia visita París, la pequeña repara en cómo los blancos los miran por encima del hombro. Eternamente a caballo entre la lágrima y la sonrisa, entre lo bello y lo terrible, asistimos al relato de los primeros años de Condé, desde su

nacimiento en pleno Mardi Gras, con los gritos de su madre confundándose con los tambores del carnaval, hasta el primer amor, el primer dolor, la vocación literaria, la primera muerte. Los recuerdos de una escritora que, muchos años después, echa la vista atrás y se zambulle en su pasado, buscando hacer las paces consigo misma y con sus orígenes.

CONDÉ, MARYSE

Nació en 1937 en Guadalupe. Estudió en la Sorbona y, tras graduarse, trabajó como profesora de francés en Guinea, Ghana y Senegal. Su primera novela, «Hérémakhonon» (1976), marcó el inicio de una prolífica carrera literaria centrada en los temas de la cultura, la raza y el género. Entre sus obras destacan la saga «Segu» (1985), «Yo, Tituba, la bruja negra de Salem» (1986), «Desirada» (1997) y «Corazón que ríe, corazón que llora» (1999). Ha sido profesora en universidades como Berkeley, Harvard o Columbia. En 2018 la Nueva Academia le otorgó el Premio Nobel Alternativo de Literatura.

NOTAS

¹ En criollo de Guadalupe, esta expresión (del francés *crasse à boyaux*) alude al interior de los intestinos. Se emplea para referirse, cariñosamente, a los hijos de padres tardíos. (*Todas las notas son de la traductora.*)

² Timbal antillano.

³ «Sura la blanca / que parece una paloma blanca / Sura la negra / que parece una paloma negra.»

⁴ Café aguado.

⁵ Caracol marino comestible, abundante en las costas caribeñas.

⁶ Máscaras y personajes típicos del carnaval en Guadalupe. Hay diferentes tipos: *à fèye* (con látigos), *à konn* (con cuernos), *à goudron* (de alquitrán), *moko zombi* (zancudos). Hacen referencia a la esclavitud y las raíces africanas.

⁷ Una persona *chabine* tiene la piel más clara que sus padres, ambos negros. En las Antillas francófonas, el término se emplea, con orgullo, para diferenciarse de los mestizos.

⁸ «¡Te voy a matar!».

⁹ Panecillos.

¹⁰ Junto con las *mazurkas*, música popular de Martinica y Guadalupe.

¹¹ Jugo de coco.

¹² «Pequeña.»

¹³ «¿Cómo te llamas?»

¹⁴ Juramentos muy malsonantes, equivalentes a «tu puta madre» y «me cago en Dios» en español.

¹⁵ Pañoleta de algodón, con estampado de cuadros de vivos colores, usada por las mujeres guadalupeñas para cubrirse la cabeza o fajarse los riñones durante el trabajo.

¹⁶ «¡Ahí lo llevas!» o «¡Toma ya!».

¹⁷ Los zombis, según las creencias vudúes caribeñas, son almas errantes con cuitas pendientes.

¹⁸ Según una costumbre guadalupeña, las pepitas de las mandarinas recibidas en Año Nuevo deben guardarse como amuleto.

¹⁹ Súcubos nocturnos, similares a los chupacabras.

²⁰ «Orejones.»

²¹ Lema de Marcus Garvey, líder jamaicano por la causa negra y profeta del movimiento rastafari.

²² Salsa especiada, similar al curry indio.

²³ «¡Ahora vas a empujar, pero bien!»

²⁴ «¡Una niñita! ¡Gracias, Dios mío!»

²⁵ Galletitas saladas.

²⁶ El sistema francés de enseñanza superior contempla la existencia, en los institutos, de programas preparatorios destinados a los mejores bachilleres. Estos programas, de una duración de uno o dos años, habilitan a los estudiantes para acceder a escuelas superiores de élite o bien a estudios universitarios en los ciclos superiores, saltándose los primeros cursos.

²⁷ Apelativo cariñoso para referirse a las mujeres antillanas y a los bebés. El término, aquí, resulta despectivo: «muñequitas».

²⁸ «¿Fue una visión, o un sueño en la vigilia? / Huyó la música. ¿Dormido estoy, o despierto?» En *Poesía. Antología bilingüe*, de John Keats, Madrid, Alianza Editorial, 2016. Traducción de Antonio Rivero Taravillo.

²⁹ El régimen dictatorial de Ahmed Sékou Touré en Guinea (1958-1984) llevó a cabo una cruenta persecución de la oposición y se saldó con más de 10 000 víctimas.

³⁰ Así se apodó, en Haití, a los violentos grupos paramilitares próximos al dictador François Duvalier, cuyo régimen hizo desaparecer a miles de opositores entre 1957 y 1971.